BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

# EL MONSTRUO DE UN BILLON DE CABEZAS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

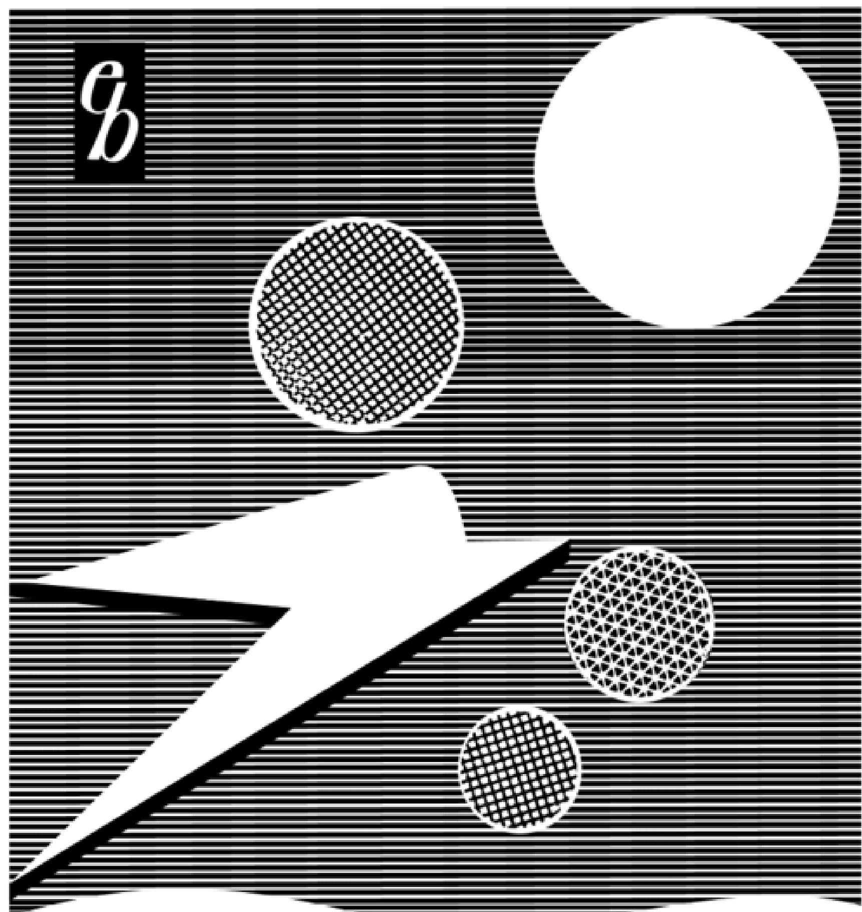
la conquista del ESPACIO

# EL MONSTRUO DE UN BILLON DE CABEZAS

glenn parrish

CIENCIA FICCION





# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**GLENN PARRISH**

# EL MONSTRUO DE UN BILLÓN DE CABEZAS

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 104**

Publicación semanal.




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

*Depósito Legal B. 28.815 – 1972*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1.a edición: agosto, 1972*



Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR* PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

99— El otro universo. — *Curtís Garland.*

100— El corazón. — *Marcus Sidéreo.*

101— Los hombres de Arkand. — *A. Thorkent*

102— El invasor errante. — *Ralph Barby.*

103— La metrópolis. — *Curtís Garland.*

* *(Así viene en la novela)*

# CAPITULO PRIMERO

El hombre dormía plácidamente sobre la hierba, no lejos del arroyo, en un lugar particularmente atractivo. Había árboles en abundancia, con frondosas copas, que proporcionaban grata sombra, y se veían flores multicolores por muchos sitios.

La temperatura era muy agradable. La amenidad del lugar, los ligeros ruidos —murmullo de las aguas del arroyo y susurro de la brisa al moverse las hojas de los árboles—, la atmósfera embalsamada por mil perfumes silvestres, todo ello eran factores que se conjugaban para hacer la estancia allí sumamente grata.

Tal vez por ello, el individuo, después de haber paseado un rato, se había sentado a descansar y, seducido por el ambiente, se había quedado dormido sin darse cuenta.

Unas voces sonaron de pronto en las inmediaciones:

—¡Eh, Tomás!

—¿Dónde estás?

—¡Contesta, hombre; se nos está haciendo tarde!

—Vamos, Tomás, ya eres demasiado mayorcito para jugar al escondite.

De pronto, divisaron al durmiente.

—Eh, mirad, está ahí.

—¡Caramba, ya podíamos volvernos locos buscándolo ¡Está dormido como un tronco!

—Diríase que se ha olvidado de que tenemos que zarpar.

Los componentes del grupo se acercaron al durmiente. Uno de ellos se inclinó y lo sacudió con no demasiada amabilidad.

—Vamos, Tomás, levántate y déjate ya de una vez de esas bromas tan tontas.

Tomás Larriba abrió los ojos y miró torpemente a su alrededor.

—Ah, sois vosotros —murmuró.

—¿Esperabas a los marcianos? —se burló uno.

Tomás sacudió la cabeza.

—No sé qué me ha pasado. Me siento torpe…

—La digestión, sin duda —rió alguien—. Te has puesto morado de comer y todavía te dura…

—Sí, quizá —admitió Tomás, que tenía fama de tragón. Se puso en pie y se pasó una mano por los ojos—. Ya me encuentro mejor. Acaso algo me hizo daño…

La otra mano se rascó ligeramente un punto situado tras la oreja derecha. Luego, Tomás miró a sus amigos con la sonrisa en los labios.

—Dormía tan bien —suspiró.

Alguien le palmeó los hombros.

—Anda, vamos, se nos hace tarde, Tomás.

Los cinco hombres echaron a andar hacia la astronave «Scetrix», en misión de exploración interestelar y que debía emprender el viaje de vuelta a la Tierra. Habían encontrado un planeta deshabitado, pero perfectamente habitable y, tras realizar unas semanas de exploracióna fondo, en todos los sentidos, regresaban para entregar los informes al Consejo Superior de Colonización/

El capitán de la «Scetrix», en uso de su derecho, conferido por la costumbre, había bautizado al planeta con el nombre de Bonport. Realmente, llegar a aquel planeta, después de un arriesgado viaje por el espacio, era arribar a buen puerto.

No había seres inteligentes, aunque sí animales que muy bien podían domesticarse y ser de utilidad para los pobladores procedentes de la Tierra que quisieran establecerse en Bonport. Además, los animales terrestres se aclimatarían allí sin dificultades, dada la similitud de clima y terreno, de sorprendente fertilidad. El capitán Shay tenía el orgullo y la seguridad de haber hecho uno de los mejores descubrimientos planetarios de la últimadécada.

Los tripulantes de la «Scetrix» también lo creían así. Tal vez algunos de ellos, los que habían salido a buscar al supuestamente extraviado Tomás Larriba, hubieran cambiado de opinión si hubiesen visto aquel extraño rastro brillante que había en la hierba, en las

inmediaciones del punto donde Tomás había sido hallado durmiendo a pierna suelta.

El rastro sólo podía ser apreciado situándose en determinada posición, de modo que los rayos de la estrella que alumbraba a Bonport produjeran ciertos reflejos, muy parecidos por los causados por la mucosidad que un caracol deja en su avance y que luego, al secarse, toma un aspecto inconfundible.

Pero aquel rastro, si bien parecido al de un caracol terrestre por sus características, resultaba distinto en un punto: sus dimensiones, realmente extraordinarias. Ninguno de los astronautas supo verlo, dada la posición del sol bonportino en aquellos momentos y, además, aunque lo hubieran visto, tampoco habrían concedido importancia al hecho.

* * *

El hombre llegó corriendo a la puerta del camarote, en el que había un rótulo indicando que estaba ocupado por C. Harys y llamó con fuerza:

—¡Doctora, doctora! ¡Salga, pronto, es muy urgente!

La puerta se abrió momentos después. Una atractiva joven, de cabellos negros, asomó, envuelta en una corta bata.

—¿Qué sucede, Frankie?

—Tomás Larriba, doctora —contestó el tripulante—. Se encuentra muy mal...

—Ahora mismo iré, Frankie —contestó Carol Harys—. ¿Ha avisado al capitán Shay?

—Él es quien me ha ordenado que viniera a verla a usted, doctora.

—Muy bien, Frankie; estaré allí antes de dos minutos.

Carol entró en su camarote y se quitó la bata, sustituyéndola por unos pantalones y una blusa blanca, corta de mangas, que le llegaba hasta las caderas. Se pasó un peine por el pelo y agarró su maletín de primeros auxilios.

Un cuarto de hora más tarde, la doctora Harys se apartaba del lecho del enfermo y hacía una seña al capitán Shay.

—Lo siento, Dick —murmuró.

Shay miró a la joven con aire consternado.

—Pero, ¿qué le ocurre, Carol? —preguntó—. Tomás es un tipo fuerte como un roble. No me digas que se trata de un ataque cardíaco.

—Ojalá se tratase de una cosa del corazón —suspiró ella—. Hablando francamente, los síntomas de esa enfermedad me son completamente desconocidos, pero una cosa es segura: Tomás se muere.

—¿Habrá... contraído alguna enfermedad extraña en Bonport? —temió el comandante de la «Scetrix».

—Los análisis demostraron que era un planeta perfectamente habitable, con no más enfermedades posibles que las que se producen en la Tierra —dijo Carol—. Pero, a veces, no se sabe...

Ella dejó la frase sin concluir. Shay se mostraba aterrado.

—Entonces no podrá ser colonizado...

—Por el momento, eso tiene muy poca importancia, Shay —exclamó la joven—. Ahora tomaré muestras de sus líquidos orgánicos y me los llevaré al laboratorio, para practicar análisis. Hay que dejar un hombre junto a Tomás y que me avise inmediatamente, si nota algún cambio en el enfermo. Eso es todo lo que puedo hacer por ahora, Dick.

Shay aprobó la actitud de la doctora. Luego miró al enfermo, que yacía en su litera, sin conocimiento y respirando entrecortadamente.

—Pobre muchacho —se lamentó.

Carol tomó las muestras y se dirigió a su laboratorio. Uno de los tripulantes quedó en la habitación, vigilando al enfermo. Los demás se retiraron a sus. puestos.

El silencio era absoluto en la nave. El tiempo transcurrió con lentitud.

El tripulante estaba sentado en una silla. Bostezó aparatosamente un par de veces y luego dejó que su cabeza se doblara sobre el pecho.

Un puntito brillante apareció de pronto en el cuello de Tomás. El puntito se hizo mayor hasta tomar el aspecto de un globo de unos veinte centímetros de diámetro.

- El globo se estiró, sin que su diámetro se redujese. Ahora parecía una salchicha gigante, de unos cuarenta o cincuenta centímetros de longitud, de color blancopla-teado, sobre cuya superficie se advertían ligerísimas ondulaciones, como espasmos respiratorios.

La salchicha resbaló hasta el suelo y, en el más completo silencio, trepó hasta el cuello del vigilante, quien se estremeció de pronto, aunque no llegó a despertarse.

Transcurrieron varios minutos. Aquella cosa desapareció en el interior del cuerpo del vigilante, cuyo sueño apacible continuaba tranquilamente.

El hombre abrió de pronto los ojos y miró torpemente a. su alrededor. Estuvo así unos instantes y luego volvió la vista hacia Tomás.

Apenas cinco segundos después, saltaba de la silla y corría hacia el interfono:

—¡Doctora, venga rápidamente! —llamó—. Tomás Lamba ha muerto.

* * *

En la cámara del capitán, Carol decía y no por primera vez:

—No lo comprendo. Sinceramente, las causas de la muerte del pobre Tomás...

—No te preocupes ya por ello, Carol —trató de consolarla el comandante de la nave—. Cuando lleguemos a la Tierra, eminentes especialistas harán la autopsia al cadáver, que ahora tenemos conservado en hielo. Allí hay medios sobrados y podrán encontrar, sin duda, la causa del fallecimiento.

—Eso espero, porque me disgustaría mucho que se debiera a alguna enfermedad originaria y exclusiva de Bonport. Me encuentro muy bien

en la Tierra, pero si un día decidiese emigrar y residir en otro planeta, elegiría Bonport para quedarme allí para siempre.

Mientras, a poca distancia de la cámara, en otra de las situadas en el puente inferior, Jim Trypher llamaba a un conocido suyo:

—Ven, Dave, por favor; quiero que me ayudes a haceruna cosa.

—Con mucho gusto, Jim —accedió Dave McCallum.

Los dos hombres entraron en la cámara. Apenas se había cerrado la puerta, Trypher se volvió hacia el otro y, sin mediar palabra, le asestó un tremendo puñetazo en la barbilla que lo dejó sin conocimiento instantáneamente.

## CAPITULOII

Los dos hombres permanecían inmóviles en la cámara. Trypher estaba sentado, las manos sobre las rodillas y los ojos cerrados.

McCallum yacía en el suelo, en la misma postura que había quedado tras recibir el golpe. Un punto brillante apareció de pronto bajo la oreja derecha de Trypher.

La cosa fue agrandándose, hasta tomar su tamaño normal. Descendió por el brazo derecho de Trypher, llegó a su pierna, alcanzó el suelo y buscó el lado derecho del cuello de McCallum.

Minutos más tarde, se oyó un tremendo escándalo en el puente inferior de la nave. Sonaban gritos, golpes y feroces imprecaciones, cuyo estruendo acabó por llegar a oídos del capitán Shay.

Carol también lo oyó y salió de su cámara, en dondese hallaba redactando un informe sobre Tomás Larriba.Desde la barandilla, vio a dos hombres que se peleaban
furiosamente. ,

Shay lanzó un tremendo grito:

—¡Alto ahí! ¡Quietos, estúpidos! ¿Es que se han vuelto locos?

Los dos contendientes se separaron momentáneamente.

—Dispense, capitán, pero es que Jim me ha puesto furioso —se excusó—. No lo pude evitar...

—¡Miente! —gritó el otro—. El me atacó, con la excusa de que yo le había golpeado antes, cosa que no es cierta.

—¿Que no es cierto? —La mano de McCallum señaló su mandíbula hinchada—. Mire, capitán, mire la señal del puñetazo. Jim me llamó a su cámara, diciéndome que quería que yo le ayudase en no sé qué y apenas crucé la puerta, me soltó un derechazo que...

—Le juro que no es cierto, capitán —protestó Trypher—. Son fantasías de Dave...

—¡Basta! —cortó Shay enérgicamente—. Luego les interrogaré a ambos por separado. De momento, considérense confinados en sus camarotes y no los abandonen hasta nueva orden.

—Sí, señor —contestaron los tripulantes al unísono. Shay se reunió con la doctora.

—Me siento preocupado —dijo—. Tengo la sensación de que la gente está un poco nerviosa. No sé por qué, pero creo que es así. Carol asintió.

—A mí también me sucede una cosa igual, Dick —contestó—. ¿Sabes? En ocasiones siento ciertas aprensiones… Oh, no sabría cómo definirlo, pero parece como si llevásemos a bordo más gente de la enrolada. No es cierto, claro…, aunque no puedo evitar pensar de ese modo, Dick.

—Y a mí me sucede algo parecido. En ocasiones, me he vuelto repentinamente, porque me parecía que alguienestaba detrás de mí. No era así, pero hubiera jurado que tenía una persona a la espalda.

—Todos estamos algo nerviosos, Dick, y ello se debe a la inexplicable muerte de Tomás Larriba. ¿Vas a hablar con los dos pendencieros?

—Sí, claro, aunque primero esperaré a que se tranquilicen un poco. Es cosa de los nervios, desde luego. Sin embargo, creo que debo mantener la autoridad.

—Lógico, Dick. Ah, y si lo crees necesario, me lo dices y les haré un sondeo pre hipnótico primario.

—Quizá no sea mala idea, Carol. Hasta luego.

—Hasta luego, Dick.

El capitán y Carol se separaron. Ella volvió a su cámara, para continuar el trabajo.

Transcurrió una hora.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Pase —dijo la doctora.

—Hola —saludó Shay desde el umbral—. Ya he hablado con los dos levantiscos, Carol.

—¿Y…?

—Trypher admitió haber golpeado a McCallum, aunque no supo

explicarme las causas. Lo más que dice es que sintió un impulso irresistible de pegarle en la mandíbula con todas sus fuerzas. Extraño, ¿no?

—Preocupante, Dick —respondió Carol—. Cuando a un hombre le sucede lo que a Trypher, es necesario tomar preocupaciones. ¿Cuántas veces un asesino, persona decente hasta el momento de su acción, por otro lado, no ha declarado que mató a su víctima porque oyó voces en su interior que le ordenaban cometer el crimen?

—Rayos —murmuró Shay—. Sería anonadante contar en la nave con un asesino en potencia.

—No sería agradable, en efecto —convino ella—. Por eso, si no tienes inconveniente, voy a iniciar los exámenes que te indiqué antes. ¿Cuál de los dos golpeó el primero?

—Trypher.

—Bien, empezaré por Trypher —decidió la doctora.

* * *

La voz llegó silenciosamente desde las profundidades del espacio, a billones de kilómetros. Alguien recogió su llamada sin que nadie lo percibiese a bordo de la «Scetrix».

—Estáis ya en viaje —dijo la voz.

—Sí —contestó uno de los llamados.

—¿Dificultades?

—Teóricamente, ninguna. Hemos tenido la suerte de encontrar unos magníficos vehículos.

—Pero no todo marcha bien,' según creo deducir.

—En efecto. Las condiciones de reproducción son aquí muy diferentes a las que podríamos haber encontrado en la superficie de nuestro mundo.

—¿Cuántos sois ya?

—Dos solamente.

—¡Sólo dos! —pareció asombrarse el que llamaba.

—Repito que las condiciones ambientales, sin obstaculizar de un modo absoluto el proceso, tampoco lo favorecen en demasía. Pero no es imposible realizarlo, desde luego.

—Bien, deberíamos haber contado con inconvenientes. En tu opinión, ¿qué tiempo se emplea en ese proceso?

—Ellos, los portadores, emplean ciertas unidades de tiempo, llamadas semanas. El proceso ha durado un poco más de tres semanas. Quizá en otras condiciones se abrevie, aunque es de esperar, y no sorprenderse por ello, que también se alargue, según las circunstancias.

—Tal vez fuimos demasiado optimistas al pensar que esos vehículos orgánicos podrían facilitar nuestros planes. Pero tampoco importa mucho, por que, a fin de cuentas, el tiempo no cuenta para nosotros.

—Somos infinitos, es cierto.

—Y ésa es nuestra ventaja. ¿Cómo está el primer vehículo?

—Siento darte una mala noticia. Ha muerto. Tuve que cambiar de portador.

—¡Ha muerto!

—Sí. Sospecho que mi penetración en su organismo le causó graves perjuicios, no advertibles, a primera vista, pero que luego ocasionaron su extinción. Por fortuna, logré encontrar otro vehículo y en éste no hallé dificultades de ninguna clase, hasta el punto de que pude desdoblarme y conseguir otro portador.

—Entiendo. ¿Qué fue del primer vehículo?

—Lo conservan por medios en los que interviene primordialmente las bajas temperaturas. Al parecer, quieren examinarlo en su planeta…

—¡Es preciso destruirlo! Tu estancia en ese vehículo ha podido dejar microdesechos, que podrían ser encontrados en el planeta de destino. Destrúyelo, repito.

—Así se hará.

—Es la ocasión que aguardábamos durante incontables unidades de tiempo. No podemos desperdiciarla. De ello depende nuestra supervivencia.

—Comprendo. Destruiré el primer vehículo. —Eso es todo por ahora. Te llamaré cuando el viaje esté a punto de terminar.

* * *

—¿Quién, yo, doctora? Usted tiene ganas de reírse de mí. ¿Impulsos asesinos yo? —Tryher rió con fuerza—. Mire, doctora, a veces pasa eso; a uno le entran ganas de romperle las narices a un tío y... Pero no tiene la menor importancia, créame... No la importancia que usted y el capitán quieren darle, por supuesto.

—Sigamos, Jim —dijo Carol, impasible—. Usted llamó a Dave y le golpeó.

—Sólo una vez. Electricidad estática, ¿comprende? Estaba saturado y la descargué de golpe... con el golpe —rió el tripulante.

—Muy bien. Dave perdió el conocimiento. ¿Y después?

Trypher dejó de reír.

—¿Después? —repitió.

—Sí. ¿Qué sucedió después de que usted derribó a Dae Dave?

—Bueno, le pedí excusas...

—¿Cuánto tiempo permaneció Dave sin conocimiento?

—Oh, yo diría que cinco minutos...

—Fueron más. Usted me está mintiendo, Trypher.

El hombre puso cara ceñuda.

—Doctora, no me busque las cosquillas —dijo de mal talante—. Cinco minutos, eso es todo.

—Bien, no le creo, pero admitiré la respuesta. ¿Qué hizo usted en

esos cinco minutos, Jim?

—No lo sé. Estuve sentado, aguardando a que Dave despertase, supongo.

—Negó haber golpeado a Dave. ¿Por qué la negativa en un caso tan flagrante?

—Oh, algo tenía que decir, ¿no cree?

—Jim, ¿me permite que le diga que es usted un cínico?

Trypher se encogió de hombros.

—Es su privilegio, doctora —contestó indiferentemente.

Carol se puso en pie.

—Continuaré el examen en otro momento —dijo al despedirse.

—Vuelva cuando quiera, doctora —dijo Trypher—. Siempre resulta agrauab e contemplar una cara bonita.

Los ojos de Trypher se entrecerraron mientras contemplaba a la doctora abrir la puerta.

—Una cara bonita... y un cuerpo fenomenal —murmuró.

En el momento en que Caro salía al corredor, se oyó el retumbante estridor de un timbre de alarma.

Los hombres corrieron a sus puestos. Centelleaban algunas lámparas en el puente de mando.

Carol se dirigió rectamente a la enfermería. Podía haber ocurrido algún accidente y debía estar prevenida.

Minutos más tarde, conoció lo ocurrido.

—El féretro que contenía el cadáver de Tomás ha sido lanzado al espacio —anunció el capitán Shaycon dramático acento.

## CAPITULOIII

Resultaba agradable estar de vuelta en la Tierra. Para Carol, por el momento, habían terminado las preocupaciones.

Había entregado sus informes a los departamentos correspondientes. El viaje había durado un año largo, de modo que, a menos que solicitase la baja en el Cuerpo Médico de Exploradores Interestelares (C.M.E.I.), tenía por delante seis meses de vacaciones, con sueldo íntegro.

Carol no sabía qué hacer por el momento. Le tentaba seguir un curso abreviado de Hiperpsiquiatría espacial, pero, por otro lado, sentía unos vivos deseos de dedicarse a la vagancia durante algunas semanas.

Los últimos días del viaje habían resultado especialmente tensos. Afortunadamente, no había ocurrido nada, salvo que el cuerpo del infeliz Tomás no había podido ser recuperado.

De pronto, sintió sed. El día era caluroso y no lejos de donde se hallaba divisó el lugar adecuado para refrescarse.

Un hombre entró minutos más tarde en la cafetería con el mismo fin. Era un sujeto alto y bien parecido, decabello castaño y ojos claros. Por su aspecto, tenía unos treinta y dos años.

El hombre se sentó en un taburete y pidió una cerveza.

—Auténtica, no sintética —exigió.

—Bien, señor —contestó la máquina que suplía al *barman.*

Los ojos de Lance Vraine fueron hacia la hermosa joven que tomaba un refresco dos taburetes más allá. Ella tenía un cuerpo muy bien formado, y sabía llevar la ropa adecuada para hacer resaltar los innegables encantos de su anatomía. La blusa encerraba un busto de firmes contornos y los breves pantalones permitían ver unas piernas preciosas.

El pelo de la joven era intensamente negro y muy corto, como el de un chico. Vraine observó que en su cara había muy poco maquillaje.

Pero aquel rostro le parecía conocido. Tras unos segundos de bucear en su memoria, acabó por hallar la identidad de la hermosa

joven.

—Carol Harys, creo —dijo sonriendo.

Ella se volvió y le miró.

—Lance Vraine, si no me equivoco —respondió.

—El mismo que viste, calza… y te contempla, después de no haberte visto en cinco o seis años. Estudiamos juntos un curso Pre médico, ¿recuerdas?

—No lo he olvidado, Lance. Pero tú abandonaste los estudios.

—Comprendí que la Medicina no se había hecho para mí, Carol. Tú sí continuaste, creo.

—Conseguí el título, Lance. Sólo me costó dos años.

Vraine entrecerró los párpados.

—¿Cursos hipnopédicos? —preguntó.

—Sólo usé la enseñanza hipnótica en la teoría. Algunos, inclusos, la extienden a la práctica, pero yo entiendo que no se debe hacer.

—Una opinión que comparto, aunque la Medicina siga sin gustarme. Doctora, ¿te has casado?

Carol sonrió, a la vez que hacía un gesto negativo.

—No he tenido tiempo —declaró—. Un par de *flirts* sin consecuencias, pero eso ha sido todo. ¿Y tú, eres ya un feliz padre de familia?

—Continúo soltero. Tuve una novia y el día de la boda…

—Te dejó plantado.

—Oh, no, se casó con otro.

Los dos se echaron a reír. Después, Carol, curiosa, preguntó:

—¿Qué haces ahora, Lance?

—Soy Psicoasesor policial. Me gusta, Carol.

—Pero antes dijiste que la Medicina…

—Carol, la psicología, si bien tiene que ver con la Medicina, no es la Medicina misma. Hice tres cursos intensivos, hipnopédicos, por supuesto. No me gustaba la idea de vestir un uniforme, pero sí pertenecer a la Policía de algún modo.

—Comprendo. Yo ingresé en el Cuerpo Médico de Exploradores Interestelares, Lance.

—¡Caramba! —exclamó él, admirado—. Te gusta viajar por el espacio, a lo que veo.

—Es muy bonito, aunque a veces llegue a cansar. ¿Tú no has viajado nunca en una astronave?

—Por si lo necesitaba algún día, hice un curso de pilotaje hiperespacial, también con máquina de enseñanza, por supuesto. En casa y en mis horas libres. Ya sabes, se alquila la máquina y se compran los cartuchos de cinta grabados con la asignatura que quieres estudiar...

—Sí, lo sé perfectamente, Lance. De modo que Psicoasesor policial, ¿eh?

—Me va bien y me gusta —sonrió Vraine.

—Te felicito sinceramente. No hay cosa mejor que trabajar en lo que a uno le gusta.

—También tú debes disfrutar mucho en tus viajes por el espacio. Y a propósito, creo que hubo problemas en el viaje de vuelta de tu nave, según he podido enterarme.

Carol se puso seria.

—Ligeros incidentes —contestó, sin más detalles. Consultó su reloj y dijo—: Dispensa, Lance, pero se me hace tarde. Estoy invitada a cenar en casa de una amiga mía, casada, precisamente, con uno de los oficiales de la «Scetrix».

—No quiero entretenerte más —sonrió Vraine—. Me alegro mucho haberte encontrado de nuevo.

—Adiós, Lance —se despidió la joven, a la vez que le tendía la mano.

Vraine se la quedó mirando, hasta que la vio desaparecer por la

puerta.

—¡Caramba, cómo se ha puesto la antigua estudiante de Medicina! —murmuró para sí.

Luego se volvió hacia el robot que atendía a los clientes. Tenía figura humana, de mujer joven y atractiva.

«Pero es una maldita máquina», pensó.

—¿Qué te debo? —preguntó.

—Cinco escudos —contestó el robot con su voz impersonal.

—La ventaja de ser servido por una máquina es que no necesitas darle propina —masculló Vraine, mientras se dirigía hacia la salida.

* * *

Carol llegó a la puerta de la casa de su amiga y llamó a la puerta. Al no recibir contestación, insistió de nuevo, pero la puerta continuó cerrada.

—¡Qué raro! —murmuró—. Habíamos quedado a las siete y media...

Betty, la esposa del teniente Mardt, era una muchacha ponderada, incapaz, en opinión de Carol, de dar plantón a una amiga. Temiendo que les hubiera sucedido algo, Carol asió el pomo y halló que la puerta no estaba cerrada con llave.

Abrió. Un espectáculo singular se presentó a sus ojos.

Larry Mardt y su esposa estaban sentados frente a frente, en sendos sillones, y parecían dormidos. De no haberlos conocido a ambos, Carol habría pensado que se habían embriagado, pero pronto pudo comprobar que no se trataba de eliminar el exceso de alcohol por el sueño.

—¡Larry! ¡Betty! —llamó.

Los durmientes continuaron en su postura. Entonces, Carol, horrorizada, vio un puntito brillante en el lado derecho del cuello del

oficial de la «Scetrix».

La joven se quedó pasmada. El puntito brillante aumentó de tamaño, hasta convertirse en un cilindro casi plateado, de más de cuarenta centímetros de largo por quince o veinte de diámetro.

Era un espectáculo realmente horroroso. Carol vioque el cilindro se deslizaba por el brazo y la pierna derechos de Mardt hasta el suelo y que luego, continuando su movimiento de reptación, se dirigía hacia Betty.

La parálisis provocada por el horror y la repugnancia que el hecho habían causado en ella, desapareció de súbito. Instintivamente, Carol comprendió que aquel espantoso ser se disponía a atacar a Betty y pensó que debía hacer algo para evitarlo.

Lo primero que se le ocurrió fue golpearlo con el pie, pero temió sufrir algún daño irreparable. Buscó con la vista y agarró una silla por el respaldo.

El ser se hallaba ya junto al pie derecho de Betty. Carol acercó la silla y trató de apartarlo, empujándolo con las patas.

Sonó un fuerte chasquido. Carol sintió una especie de descarga eléctrica y rodó por el suelo, aturdida y mareada, aunque sin haber perdido el conocimiento por completo.

Tendida sobre la alfombra, apoyada sobre un codo, vio al ser trepar por el cuerpo de Betty, llegar a su cuello y desaparecer en el interior. Betty y su esposo habían permanecido inmóviles durante la operación.

Carol se recobró de pronto y se puso en pie de un salto. Sentía un pánico horroroso. ¿Qué les había sucedido a sus amigos?

Maquinalmente, retrocedió unos pasos. Entonces se fijó en la silla que había intentado usar como arma y vio que una de las patas estaba ennegrecida y chamuscada.

—Quizá eso me salvó la vida —murmuró, recordando la terrible sacudida que la había arrojado al suelo.

Betty abrió los ojos de pronto y sonrió al ver a la doctora.

—Hola, Carol —dijo jovialmente—. Creo que Larry y yo estábamos dormidos. Perdona por no haberte atendido…

Carol hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Alguna copita de más? —sugirió.

—Bueno, Larry y yo empezamos a charlar y luego, no sé cómo, nos quedamos dormidos... Espera, te serviré un aperitivo, mientras termino de preparar la cena. Ah, Larry se ha despertado ya.

Mardt se puso en pie.

—Tendrás que dispensarnos, doctora —dijo de buen humor—. Resulta imperdonable nuestra forma de recibir a la gente...

—Oh, no te preocupes por ello —contestó Carol—. Entre amigos, está todo permitido.

—Larry, sirve a Carol una copa, mientras preparo todo para cenar —indicó Betty—. ¿Me dispensas, verdad, Carol?

—No te preocupes por mí, Betty.

Larry fue a la barra que había en uno de los rincones de la sala y sacó una copa. Luego destapó la botella.

—Ven, acércate, doctora —invitó—. Estás muy pálida. ¿Te sucede algo? —observó de pronto.

—Oh, nada de particular, Larry —dijo Carol—. Tal vez una ligera aunque momentánea baja en la presión arterial... Sí, creo que tienes razón; una copa me sentará bien.

Carol observó que había dos copas sobre la barra. En una de ellas se apreciaban todavía ligeras huellas de *rouge* de labios. Era sin duda la que había usado suamiga Betty y en el fondo de la copa quedaba cosa de un dedo de licor.

Mardt hablaba de temas sin trascendencia. Fue a servirse otra copa, pero entonces observó que la botella estaba casi vacía.

—Lástima, tendré que ir a la cocina a por otra —dijo—. Ahora vuelvo, Carol.

La joven se quedó sola. Un instintivo sentimiento de sospecha le hizo acercarse a la nariz la copa que había usado Betty.

Luego probó el resto de licor con la punta de la lengua. El líquido parecía en condiciones normales, pero...

Una súbita idea acudió a su mente. Abrió el bolso, sacó un pañuelo y lo mojó en aquel resto de licor. Luego lo guardó cuidadosamente y adoptó un aire natural, en espera de que llegase Mardt con la nueva botella.

## CAPITULOIV

Días más tarde, Carol volvió a casa de su amiga.

Betty Mardt se sorprendió de verla.

—No te esperaba —dijo—. Larry ha salido...

—Lo celebro, Betty. Precisamente he venido, confiando en que él no estuviera en casa. Tenemos que hablar las dos muy seriamente.

Betty miró extrañada a su amiga.

—No te entiendo, Carol —dijo.

La doctora entró y cerró la puerta.

—Quiero hablar de lo que sucedió el otro día, cuando vine a cenar con vosotros y os encontré dormidos —manifestó.

—Ah, ¿se trata de eso? Bueno, ya te dijimos lo que había pasado...

—Betty, puede que tu esposo se quedase dormido naturalmente o quizá lo fingía, pero, en lo que a ti se refiere, estabas narcotizada.

Betty parpadeó.

—¡Pero, Carol, qué cosas estás diciendo! —exclamó—. ¿Cómo te atreves a suponer tal cosa de mi marido?

—Digo la verdad —insistió la doctora—. Tú y Larrytomasteis una copa antes de que viniera yo. En la tuya quedó algo de licor. Tomé una muestra con mi pañuelo. Los análisis no mienten. Había narcótico en tu copa.

Los ojos de Betty centellearon vivamente. De pronto, fue hacia la puerta y la abrió.

—Carol, eres mi amiga, pero la amistad que nos une no te autoriza a recelar de mi esposo —dijo.

—¿Me echas de casa, Betty?

—¿Es que no sabes comprender una indirecta?

—Trato de protegerte, Betty.

—¡Fuera, Carol! —gritó la otra, descompuestamente.

La doctora se encogió de hombros.

—Lo hacía por tu bien —declaró.

—Ya soy mayorcita para saber cuidar de mí misma, Carol —respondió Betty con despego.

—Pero, ¿es que crees que he venido a mentirte? ¿Por qué no quieres escucharme? —rogó la doctora.

Y, de pronto, reparó en el brillo extraño que se advertía en los ojos de su amiga. Era un brillo que no parecía natural; semejante al de las pupilas de algún extraño animal..., un resplandor que daba la sensación de proceder de algún lugar profundo y remoto.

—Adiós, Betty —se despidió, sin hacer más intentos por persuadir a su amiga de que la escuchase.

* * *

La voz llegó de lo más profundo del espacio y dijo:

—Necesito informes sobre nuestro plan.

—Todo se desarrolla sin incidentes, aunque bien escierto que la lentitud en la reproducción obstaculizaconsiderablemente nuestra propagación.

—¿Sigue el mismo intervalo de tiempo entre cada subdivisión?

—Sí, no hay variación apenas. El plazo oscila indefectiblemente entre las tres y las cuatro semanas, dependiendo de la naturaleza de cada vehículo. Pero las condiciones ambientales si bien sumamente favorables, no permiten una mayor reducción del plazo.

—Está bien, siempre que no haya incidentes desagradables...

—Eso es algo que tendríamos que considerar muy en serio. Hay un nativo de este planeta, sexo femenino en su denominación biológica, que parece sospechar algo sobre el particular.

—Nuestro plan no debe sufrir obstáculos de ninguna clase. Elimínalo. —Lo haré.

—Otra cosa; tendríais que estudiar un mejoramiento de vuestras condiciones ambientales, a fin de acelerar el proceso de subdivisión.

—Lo intentaremos. Llámanos dentro de dos unidades de nuestro tiempo.

—De acuerdo.

* * *

—No me encuentro bien —dijo Betty Mardt.

Su esposo la miró con interés.

—¿Ya? —dijo, sonriendo con malicia.

—No —contestó ella—. Todavía no tengo noticias que comunicar sobre una próxima maternidad. Es…, bien, me encuentro algo débil…

—El doctor Martín te atenderá conveniente. Pídele un reforzante.

—Eso es lo que pienso hacer —respondió ella—. Ya he pedido hora y me recibirá esta tarde, a las siete y media.

—Te acompañaría, pero tengo algo que hacer de gran importancia y quizá regrese algo tarde.

—Oh, no te preocupes. Ya soy mayorcita para ir y venir al consultorio, del doctor Martín. Haz lo tuyo y que te salga bien, Larry.

—Eso espero, cariño.

* * *

Carol abrió la puerta y sonrió al ver a su visitante.

—Hola, Lance —saludó cordialmente—. ¿Cómo te encuentras?

—Con la agradable sorpresa de haber sido llamado por una chica encantadora —respondió Vraine—. Y para expresarte mi gratitud, me he sentido un hombre del siglo xx y te he traído un ramo de flores.

—¡Oh, qué hermosas! —palmoteó Carol, un segundo antes de abrazarse al ramo de flores—. Lance, no sabes cómo te lo agradezco; vivimos en una época demasiado materializada y esta clase de obsequios ya no se estilan mucho.

—Por eso las compré para ti —sonrió él, complacido—. Pero, me imagino, no me has llamado solamente para hablar de flores, Carol.

—Es cierto —convino ella—. Anda, ponte cómodo y déjame que coloque el ramo en un jarrón. ¿Quieres encargarte tú de llenar las copas?

—Lo que digas, Carol.

Momentos después, la doctora aceptaba la copa que le tendía su huésped. Después de tomar un sorbo, miró a Vraine y dijo:

—Lance, escúchame con atención y no me tomes por loca después de haberme oído. Te aseguro de antemano que todo lo que voy a decirte es rigurosamente auténtico, ¿comprendes?

—Sí, Carol. Anda, empieza ya; me tienes muy intrigado.

Ella se sentó frente a Vraine y dio comienzo a su narración. Vraine la escuchó en completo silencio, sin interrumpirla ni una sola vez.

Al cabo de unos minutos, Carol dijo:

—Bien, creo que ya lo sabes todo. Ahora sólo me falta conocer tu opinión, Lance.

—Un relato realmente sorprendente, Carol —calificó él—. Estoy seguro de que temes que la expedición de la «Scetrix» haya «importado», por decirlo, así, un nuevo género de vida, desconocido hasta ahora en la Tierra.

—Exactamente, Lance —corroboró la joven—. Todo era agradable y encantador en Bonport, pero... ¿qué sabemos nosotros de seres que quizá eludieron el contacto con nosotros y luego invadieron subrepticiamente nuestra nave? -

—Tienes razón, pudiera haber ocurrido así. De modo que el ser se

defendió mediante una poderosa descarga eléctrica...

—Bueno, quizá no tenía nada que ver con la electricidad, pero los efectos fueron los mismos. O tal vez sí fue una descarga eléctrica, pero la silla, al ser de madera, me salvó la vida. Por supuesto, la pata con quetoqué al ser, quedó completamente chamuscada, incluso con claras señales de quemaduras en muchos sitios.

—Resulta preocupante, en efecto —admitió Vraine—. Pero, ¿qué puedo hacer yo en este caso, Carol?

—Eres psicoasesor policial, creo.

—No lo niego, aunque tal vez sería mejor hablar con algún alto oficial.

—No, Lance —contradijo ella vivamente—. Por el momento, prefiero que no se divulgue el asunto. Creo que comprenderás mis razones.

—Desde luego, Carol. Quieres hacer una investigación digamos privada, aunque con mi ayuda.

—Si no tienes inconveniente, por supuesto.

—Ninguno, pero, además de hacer por mi parte todo lo que esté en mis manos, te daré un consejo.

—Sí, Lance.

—Ve a hablar con el doctor Martín. Es uno de los más famosos especialistas en biología espacial.

—¿Pedro Martín?

—Sí, el mismo. Veo que lo conoces, siquiera sea de nombre, lo cual no deja ya de ser una ventaja para ti. Lo que el doctor Martín no te diga sobre formas de vida extraterrestres, pocos te lo podrán decir en nuestro planeta, Carol.

La joven sonrió, algo más aliviada.

—Es un buen consejo, en efecto —concordó—. Mañana, sin falta, iré a visitar al doctor Martín. ¿Quieres otra copa, Lance?

—Bueno, tomar un trago en compañía de una chica tan encantadora, no es cosa que suceda a diario —contestó él jovialmente.

—Vamos, no me adules —dijo Carol, mientras llenabalas copas de nuevo—. Cuando estudiábamos, tenías fama ya de conquistador irresistible.

—Siempre hay gente dedicada a la maledicencia, Carol.

—Ya, ya —dijo ella con sorna, a la vez que le entregaba la copa—. Pero dejando esto de lado; gracias por ayudarme.

—No volvería a mirarme a la cara, si no lo hiciera —respondió él solemnemente.

La velada se prolongó todavía un rato. Luego, Vraine comprendió que ya no era discreto continuar por más tiempo junto a la muchacha y se despidió de ella.

Carol se quedó sola. Muy pensativa, se sentó en un sillón, mientras daba vueltas en su mente a todos los acontecimientos de que había sido espectadora o protagonista.

Absorta en sus reflexiones, no se dio cuenta de que alguien se le acercaba sigilosamente por detrás, hasta que unas manos hicieron pasar sobre su cabeza el lazo hecho con un fuerte cordón de seda.

* * *

Había llegado apenas a la acera, cuando, de pronto, recordó algo y decidió volver sobre sus pasos.

Vraine se había olvidado de hacer una pregunta a Carol. Estimaba que ello no haría perder mucho tiempo a la joven y por dicha razón prefirió hablar personalmente con ella en lugar de usar el videófono.

Llegó a la puerta y abrió maquinalmente, sumido en sus pensamientos, sin darse cuenta de que no era la puerta de su casa. Dio dos pasos y entonces vio a unsujeto que pretendía estrangular a Carol, mediante un cordón que ya había colocado en torno a su garganta.

Vraine saltó hacia adelante y se precipitó sobre el individuo; dándole un tremendo empellón que lo derribó por tierra. Carol se sintió renacer cuando, tras cesar la presión del cordón en su cuello, percibió la entrada de aire fresco en sus pulmones.

Agotada, rodó por la alfombra, mientras los dos hombres se peleaban ferozmente al otro lado del sillón. Vraine se sentía enormemente asombrado de la colosal fortaleza física de su adversario.

El asombro se debía a que era un sujeto, si bien joven y robusto, de inferior complexión. Vraine colocó un par de buenos golpes, pero recibió tres o cuatro que agotaron su capacidad de resistencia.

A pesar de todo, quiso continuar la pelea, pero entonces, el otro, con agilidad increíble, giró sobre sus talones y se abalanzó hacia la ventana del lado opuesto, que permanecía abierta. Vraine intentó correr tras él, pero, aparte de la disminución de sus facultades, motivada por el castigo recibido, el intruso se movía con una rapidez inimaginable.

En un segundo, desapareció de la vista de Vraine, quien comprendió la inutilidad de emprender cualquier persecución. Carol necesitaba de él en aquellos momentos.

La joven yacía todavía sobre la alfombra, aunque era evidente que se recuperaba rápidamente. El cordón estaba tirado por el suelo y en la garganta de la doctora podían verse las marcas dejadas por el instrumento asesino.

Vraine la condujo al diván.

—No temas, ya ha pasado todo —dijo, procurando darle ánimos—. No, no hables ahora —añadió apresuradamente, cuando vio que ella quería decirle algo...—. Antes de pronunciar una sola palabra, es conveniente que te vea un médico.

Ella asintió, haciendo esfuerzos por sonreír. Vraine se frotó la mandíbula, hinchada hacia el lado izquierdo.

—Ese tío pega como una mula loca —dijo, mientras se encaminaba al videófono.

# CAPITULO V

Estaba quitando la cafetera del fuego, cuando vio a Carol, envuelta en una bata.

—No tenías que haberte levantado —dijo Vraine—. Yo te hubiera llevado el desayuno a la cama.

—Me encuentro perfectamente —contestó la muchacha—. El sedante que me dio el médico de la policía ha obrado maravillas.

—Hay un par de agentes vigilando tu casa —manifestó él, a la vez que le entregaba una taza de café—. Yo también quise quedarme; me pareció lo más conveniente.

—Gracias, Lance, aunque me temo que te estoy dando demasiadas molestias...

Vraine hizo un gesto con la mano.

—Olvídalo, Carol —dijo—. Los amigos están para algo, ¿no?

Ella tomó el café a pequeños sorbos, la garganta le dolía todavía.

—Es curioso —dijo Vraine, tras una ligera pausa—, la cara del sujeto me pareció conocida, aunque no logro situarlo en mi memoria.

—Yo no pude verle. Me atacó de espaldas y cuando tú entraste, me soltó. Entonces caí al suelo, exhausta...

Por cierto, ¿cómo se te ocurrió volver? Fue una llegada providencial, Lance; de no haber sido por ti ahora no lo estaría contando.

—Me siento avergonzado, Carol. Se me había olvidado hacerte una pregunta, pero lo bueno del caso es que ahora no recuerdo lo que te iba a preguntar. Fíjate si estaría tan distraído, que abrí la puerta de tu casa, creyendo que era la mía. Por eso pude sorprender a tu atacante..., cuyo intento yo diría está relacionado con los enigmas de la «Scetrix».

—Yo también lo sospecho —dijo ella, muy preocupada—. Pero, ¿qué misterio tan terrible es, que ha de conservarse aun a costa de la vida de una persona?

—Recuerda a Tomás Larriba. ¿Por qué murió?

—No lo sé. No pude identificar los síntomas.

—Y su cadáver, debidamente conservado, fue lanzado al espacio. Pero, opino, podía haber sido recogido, ¿no crees?

Carol hizo un gesto negativo.

—Alguien colocó el ataúd congelador en un torpedo de los que disparan boyas de petición de socorro —dijo—. En aquellos momentos, la «Scetrix» se movía en órbita subespacial y el torpedo apareció en el espacio normal.

—Pero la boya emitirá llamadas...

—No, si se ha desconectado previamente. Lance, es que el espacio es muy grande y el torpedo tiene solamente quince metros de largo por tres de diámetro. Encontrarías más fácilmente la aguja en el pajar clásico, que el torpedo que contiene el cuerpo del pobre Tomás.

Vraine hizo un gesto con la cabeza.

—Diríase que hay quien tiene empeño en ocultar losmisterios de la «Scetrix» —murmuró—. ¿Tan terribles son?

—Si se trata de una forma de vida inteligente, aunque no con figura terrestre, y quiere asentarse en nuestro planeta, subrepticiamente por el momento, aunque luego, cuando ya posea la fuerza suficiente, se dé a conocer, ¿no te parece lógico que en los primeros estadios de su vida en la Tierra quiera permanecer oculta?

—Un argumento irrebatible —convino Vraine—. Pero quizá el doctor Martín te aclare algo al respecto. ¿Irás a verle hoy, Carol?

—Ahora mismo llamaré por videófono a su secretaria para pedirle hora —contestó ella.

Minutos más tarde, Carol tenía la respuesta:

—El doctor Martin no puede recibirme antes de mañana a las seis de la tarde, Lance —declaró.

—Haré que estés vigilada continuamente —dijo Vraine—. Mientras tanto, yo me ocuparé de algunas pesquisas que estimo necesarias.

* * *

Una atractiva secretaria recibió a Carol al día siguiente.

—Pase a la sala de espera, doctora —dijo—. Anunciaré al doctor que usted está aquí.

—Muchas gracias, señorita.

La secretaria volvió a los pocos momentos.

—Tenga la bondad de seguirme, doctora.

Carol caminó tras la joven. Llegó a un despacho y se acercó a saludar al biólogo.

—¿Qué tal, doctor? Ha sido usted muy amable al dedicarme unos minutos de su tiempo —dijo.

Martín sonrió. Era un hombre de unos sesenta años, de regular estatura, fornido y con abundante cabello entrecano, fuerte y crespo.

—Celebro verla, muchacha —contestó amablemente—. Dígame, ¿en qué puedo servirla?

—La verdad es que no sé cómo empezar, doctor —respondió Carol —. Usted ya sabe que pertenezco al C.M.E.I.

—Una entidad muy afortunada al contarla a usted en sus filas, colega —dijo Martín amablemente—. ¿Le agrada el cargo?

—Sí, me encuentro muy a gusto. Es bonito, bien pagado… En fin no me quejo ni mucho menos.

—Y, además, ve planetas exóticos, lo cual no deja de tener su interés.

—A decir verdad, sólo he hecho dos viajes por el espacio, de modo que no he visto demasiado, doctor Martín. Pero de lo que quería hablarle es de lo que ocurrió en nuestro último viaje. Si me lo permite, por supuesto.

El biólogo hizo un gesto invitador con la mano.

—Adelante, doctora.

Carol empezó a hablar. Fue, prácticamente, una repetición de lo

que ya había contado a Lance Vraine, de quien no mencionó el nombre, porque no lo estimó de interés. Tampoco citó el ataque de que había sido objeto, porque después de un par de días, no estaba muy segura de que tuviese relación con los incidentes de la «Scetrix».

Acaso había sido obra de un maniático, pensaba a veces, de modo que, salvo estos dos datos, relató todo al doctor Martín.

Al terminar, el biólogo juntó las yemas de sus dedos, con los codos apoyados sobre la mesa y apareció concentrarse en sí mismo.

—Parece, doctora —dijo al cabo de unos instantes—, que usted sospecha que la «Scetrix» ha sido portadora de una nueva forma de vida, alguno de cuyos ejemplares se han asentado ya en nuestro planeta.

—Esa es mi opinión, doctor Martín. No tengo pruebas, evidentemente; sin embargo, lo que pude contemplar en casa de los señores Mardt da pie para abonar mis hipótesis.

—El teniente Mardt fue uno de los oficiales de la «Scetrix».

—En efecto —corroboró Carol.

—Y usted opina que el ser que se alberga en su cuerpo..., al parecer, una forma de vida muy evolucionada, pero, no obstante, de características parasitarias, se sub-dividió para apoderarse del cuerpo de Betty Mardt.

—Sí, doctor. Pero aún hay más; pienso que ese parásito es inteligente.

Las cejas del biólogo se levantaron.

—¿Inteligente? —repitió.

—O, de lo contrario, el teniente Mardt no habría narcotizado a su propia esposa, para permitir que un parásito extraterrestre pasara a su cuerpo. El narcótico tuvo que ser sugerido por ese parásito inteligente, doctor.

—¡Hum! —dijo Martín—. Unos hechos altamente interesantes, pero que, en mi opinión, merecen un más detenido estudio, doctora.

—Eso mismo creo yo...

—Necesitaré documentarme antes de darle mi respuesta, querida

colega —manifestó el biólogo—. ¿Puede concederme algunos días?

—Oh, claro que sí. —Carol se sentía sumamente contenta de la acogida que sus palabras habían tenido en el famoso científico—. No sé cómo darle las gracias...

Martín levantó una mano con aire benevolente.

—No se deben dar las gracias por hacer una cosa que para uno representa un placer —dijo.

Carol entendió que la entrevista había terminado.

—¿Cuándo puedo volver a verle, doctor? —consultó.

—Ya la llamaré yo, colega, no se preocupe.

—Gracias una vez más y...

La joven se interrumpió súbitamente.

Martín se había puesto en pie y quedaba justo frente a ella. Los ojos del biólogo la contemplaban con lo que, en apariencia, era un amable interés, pero Carol vio en aquellas pupilas un resplandor que no le resultaba desconocido. Parecía como si alguien hubiera encendido un fuego blanco en el interior de los globos oculares.

Una horrible sospecha se apoderó de la mente de Carol. Con enorme esfuerzo, consiguió dominarse y, tras estrechar la mano de Martín, abandonó el despacho.

Corrió a su casa, sintiéndose aterrada por el descubrimiento. Una y otra vez se repetía a sí misma que todo había sido un error, que tenía los nervios alterados por los sucesos ocurridos..., pero en el fondo de su ánimo sentía el absoluto convencimiento de que uno de aquellos extraños seres extraterrestres habitaba ahora en el cuerpo del doctor Martín.

Lo primero que hizo, al llegar a su casa, fue ponerse en contacto con Lance Vraine.

* * *

La cara del psicoasesor expresó una sorpresa absoluta al conocer la noticia.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿El doctor Martín parasitado...? No entiendo bien, Carol.

—Lance, el hombre, a veces, es atacado por la tenia o lombriz solitaria, que vive en su intestino como un parásito...

—Pero esos monstruos del espacio no son tenias.

—Son parásitos, Lance. Por eso digo que el doctor Martín está, parasitado por uno de ellos.

—De acuerdo, de acuerdo, pero, dime, ¿en qué te basas para afirmarlo?

—En el brillo de sus ojos, Lance.

Vraine se quedó mirando a la joven con cara de estupefacción. Hablaba por medio del videófono, pero la pantalla reflejaba fielmente las expresiones de uno y otra.

—Veamos, Carol —dijo él, tratando de mostrarse ponderado—, tú dices que el brillo de los ojos del doctor Martín...

—Es el mismo brillo que vi en las pupilas de Mardt y de su esposa, Lance. Parece fuego que procede... no sé cómo definirlo; hay que verlo, porque no se encuentran palabras para describir lo que yo he visto. Lance, estoy segura; un parásito espacial se ha apoderado del doctor Martín.

—Muy bien, muy bien, pero, cálmate, por favor, te lo ruego. Carol, suponiendo que eso sea cierto, dime, ¿qué consecuencias podría producir el hecho?

—¿Es que no te lo imaginas? Si el parásito es inteligente, buscará las mejores mentes para lograr una más rápida expansión en la Tierra. Y no debes olvidar que el doctor Martín es una autoridad en biología espacial.

Vraine se quedó muy preocupado al escuchar aquellas palabras.

—Caramba —dijo—. Sólo faltaría que el bicho ese pidiera auxilio a Martín..., ¿para qué, Carol?

—Para reproducirse con mayor rapidez, Lance.

Vraine reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Carol, ¿sabes tú cuánto tiempo le lleva a uno de esos bichos partirse en dos y dar así origen a la creación de otro ser idéntico?

—No tengo la menor idea, pero quizá... —Carol titubeó un instante y luego añadió—: Cené con los Mardt hace cuatro días. Había llegado una semana antes... El incidente entre Trypher y McCallum ocurrió el 22 de enero... Es decir, hace unas siete semanas en total, Lance.

—El bicho necesita casi un mes para alcanzar las condiciones óptimas que le permiten dividirse en dos. Pero Martín está ya afectado por uno de ellos.

—Sí, Lance.

—Eso significa que ha estado en contacto con alguno de los tripulantes parasitados de la «Scetrix».

—Es de suponer, Lance —dijo ella.

—Bien, por ahora, más vale que te tranquilices. No puedes hacer nada, porque tampoco puedes salir por ahí pegando tiros a todo sospechoso de parasitismo espacial. Hay que hacer las cosas bien y una de ellas, acaso la primera, es averiguar los posibles contactos del doctor Martín con alguno de los tripulantes de tu nave.

—Sí, Lance, me parece muy bien. ¿Te encargarás tú de ello?

—Descuida, preciosa. Muy pronto tendré la respuesta, pero, repito, procura mostrarte serena. No te dejes llevar de los nervios.

Carol se sintió muy aliviada después de las palabras de Vraine.

—Gracias, Lance; eres un buen amigo —dijo.

Vraine sonrió.

—Por una chica como tú, ¿qué no haría cualquier hombre? —respondió.

## CAPITULOVI

Una vez más, la voz volvió a llamar de las profundidades del espacio: —Informe, informe...

—Todo marcha satisfactoriamente, pese a algunos obstáculos. Nuestras condiciones ambientales mejoran. —¿Cuál es ahora el plazo de reproducción? —Dos semanas, tiempo terrestre. —Excelente. ¿Inconvenientes?

—Es preciso admitirlo. Se falló en el primer intento de eliminación del nativo obstaculizador de nuestros planes.

—Insistan, insistan.

—Además, hay otro nativo, sexo masculino, que ayuda al primero. Parece muy inteligente. Se dedica a evitar acciones nocivas para otros congéneres.

—Ha dicho que ese segundo nativo es muy inteligente.

—Así es, en efecto.

—Entonces, conviene unirlo a nosotros. No es necesario que le indique el procedimiento

—Por supuesto. Lo haremos, apenas tengamos ocasión para ello.

—Te escucharemos cuando llames.

* * *

Betty Mardt se estaba arreglando el pelo ante el espejo. Su esposo abrió la puerta y se apoyó en la jamba, contemplándola con satisfacción y orgullo de enamorado.

—Tengo que salir, Betty —dijo.

—¿Adónde vas, Larry?

—He de ver a un viejo amigo... Nada de particular; recordar juntos los tiempos de Universidad y tomar un par de copas.

—Muy bien. Yo también he de salir. Tengo una amiga a la cual no he visto desde hace mucho tiempo. Siento deseos de charlar un buen rato con ella.

—¿La conozco yo, Betty?

—Me parece que te la presenté una vez. Se llama Zyna Besthur.

—Creo recordarla. Muy guapa, me parece, aunque no tanto como tú, querida.

Betty sonrió halagada.

—Gracias, cariño —contestó.

—Ah, dime, ¿qué tal te sientes con el tratamiento del doctor Martín?

—Maravillosamente. Yo diría, incluso, que me ha rejuvenecido…

—¿A tus veinticuatro años? —rió Mardt.

—Bueno, era una frase, pero me siento estupendamente. Creo que a ti también te convendría hacer una visita al doctor Martín.

—Puede que la haga, en efecto. Hasta la noche, cariño.

—Hasta la noche, Larry.

* * *

El zumbador del videófono sonó de pronto. Ansiosa, Carol se precipitó hacia el aparato y apretó la tecla de contacto.

—¿Doctora Harys? ¿Cómo se encuentra? —saludó Pedro Martín.

—Ah, muy bien, doctor —contestó la joven—. ¿Hay algo de nuevo?

—En cierto modo, colega. Me gustaría hablar con usted personalmente, pero hasta mañana no tendré unos minutos libres. ¿A las seis de la tarde?

—Iré encantada, doctor —prometió Carol.

—Hasta mañana, pues, colega.

Carol lanzó un suspiro de alivio.

—Parece que las cosas se aclaran —murmuró.

Había pasado ya una semana desde su entrevista con el biólogo. Esperaba que en la siguiente se resolvieran los enigmas definitivamente.

El zumbido sonó de nuevo. Ahora era Lance Vraine.

—Me ha costado, guapa, pero, al fin lo he conseguido —dijo.

—Dime, Lance, no me tengas sobre ascuas.

—Se trata de Jim Trypher. Visitó al doctor Martín hace algunas semanas.

Carol se puso seria.

—Trypher es uno de los sospechosos de parasitismo espacial —dijo.

—Lo sé y, según tú, era el que estaba velando a Tomás Larriba durante la última fase de su enfermedad.

—Así fue, Lance. ¿Qué piensas hacer con él?

—Primero, buscarlo. Después, hablaremos a fondo. Ya no te puedo anticipar más, porque todo depende de la conversación entre ambos.

—Sí, comprendo. Llámame en cuanto sepas algo, Lancei

—Descuida, Carol. Y, sobre todo, ten los ojos bien abiertos.

Carol puso una mano en su esbelta garganta.

—No era necesario que me lo dijeras —contestó, estremeciéndose aún al recordar el ataque de que había sido objeto.

* * *

Vraine llamó a la puerta y esperó algunos segundos. En la mano izquierda llevaba un pequeño maletín plano, tipo portafolios.

Un hombre abrió y dijo:

—Hola, preciosa…

Vraine sonrió.

—Lamento defraudarle, señor Trypher, pero no soy la chica que, sin duda, debía venir a su casa —dijo—. De todas formas, le entretendré muy poco.

Trypher le miró con recelo.

—¿Quién es usted? —preguntó hoscamente.

—Lance Vraine, psicoasesor policial, con el grado decapitán. Pero ese título sirve más que nada, para designar una categoría administrativa. ¿Puedo entrar?

—Su visita, ¿es oficial?

—Enteramente privada, señor Trypher.

—Muy bien, siendo así…

El astronauta se echó a un lado. Vraine cruzó el umbral.

—Usted dirá, señor Vraine —habló Trypher, tras cerrar la puerta.

—Se trata de ciertos incidentes que ocurrieron durante el viaje de vuelta de la «Scetrix», astronave de cuya tripulación formaba usted parte —dijo Vraine.

—No ocurrió gran cosa, que yo sepa —contestó Trypher.

—Tal vez otros opinen de distinto modo…, sobre todo, los familiares del pobre Tomás Larriba.

—Ah, sí, un muchacho excelente. Lástima que muriese de algo que el médico de a bordo no supiera diagnosticar.

—A veces pasan cosas… Oiga, tiene usted un piso muy bien puesto —exclamó Vraine de pronto.

—Psé, no está mal. ¿Quiere una copa, capitán?

—Gracias, amigo Trypher, pero, repito, olvide el tratamiento. Llámeme Lance, simplemente.

Trypher llenó las copas.

—Yo me llamo Jim —dijo jovialmente. Levantó su copa—: Salud, Lance.

Vraine tomó un sorbo. Luego se desabrochó la prenda que llevaba sobre la camisa, una especie de blusa cazadora, holgada y cómoda.

Sobre la camisa, en el centro del pecho, llevaba un

gran disco de metal, con unos extraños dibujos grabados a presión, de colores sumamente brillantes.

—¿Qué es eso, Lance? —preguntó Trypher, intrigado.

—Ah, no tiene nada de particular. Es la insignia de mi profesión —contestó Vraine.

—No sé qué tal será su oficio, pero, al menos, está bien adornado —rió el tripulante.

Vraine rió también. Trypher no se percató de los extraños destellos que brotaban de la insignia hasta que, de pronto, sintió algo extraño en su mente.

—No me encuentro bien —dijo.

—Le conviene dormir un poco, Jim —manifestó Vraine—. Siéntese en ese sillón y procure dormir..., dormir...,dormir...

Treinta segundos más tarde, Vraine se inclinó hacia el astronauta y preguntó:

—Jim, ¿qué extraño ser espacial tiene usted en el interior de su cuerpo?

* * *

Trypher sufrió un fuerte estremecimiento al escuchar aquella pregunta. Se agitó visiblemente, pero permaneció silencioso.

—¡Conteste, Jim! —exigió Vraine.

El paciente continuaba dormido. Sin embargo, su negativa a responder era patente.

—Hable, Jim. Le ordeno que conteste a mi pregunta —insistió Vraine—. ¿Qué ser se ha apoderado de su organismo y, tal vez, de su mente?

Extraños sonidos brotaron de la boca de Trypher.

Vraine empezó a sentirse alarmado y extrajo un objeto de su maletín.

—Ahora está bajo mi influencia hipnótica, Trypher —dijo—. Le ordeno que me obedezca. Contésteme, contésteme…

Las sacudidas de Trypher eran cada vez más fuertes. Un puntito brillante apareció de pronto bajo su oreja izquierda.

El puntito se convirtió rápidamente en un gran cilindro de color plateado, que se deslizó velozmente hasta el suelo. Vraine estaba ya prevenido y le disparó una descarga de energía radiante a la mínima potencia.

El parásito dio un tremendo salto cuando aquel zigzagueante rayo blanco azulado llegó a su cuerpo. Con mayor velocidad todavía, retrocedió hacia Trypher y volvió a desaparecer en el interior de su cuerpo, sin que Vraine se atreviese a lanzarle otra descarga, temeroso de dañar al astronauta.

Vraine se sentía estupefacto. Tras unos segundos de indecisión, tornó a la carga:

—¡Jim, le ordeno que me responda!

Las sacudidas de Trypher se repitieron de un modo atroz. Súbitamente se oyó un horrible chasquido y su cuello se torció en un ángulo grotesco.

Vraine se quedó anonadado. Era fácil ver que Trypher había muerto, pero no le alcanzaba bien cómo había sucedido.

Pero la cosa no había terminado. El cuerpo de Trypher empezó a desintegrarse en una horrible masa sanguinolenta, que se desparramaba por el sillón y el suelo, como una pasta orgánica de repugnante aspecto. Vraine sintió náuseas y retrocedió instintivamente unos pasos.

Trypher era ya una masa informe, de la que no quedaba el menor rastro de su apariencia humana. Incluso los huesos parecían haberse fundido con el resto de los tejidos más blandos.

Vraine comprendió que ya no cabía hacer más que una cosa. Tambaleándose como un beodo, buscó el videófono y marcó un número.

—Póngame con el doctor Thorne —pidió.

Félix Thorne era el forense de uno de los distritos policiales, buen amigo de Vraine. Pocos momentos después, su rostro aparecía en la pantalla.

—Hola, Lance,—saludó—. ¿Ocurre algo?

—Sí, Félix. Escucha, ven inmediatamente al número seis mil doscientos dieciséis de la Avenida Treinta y tres. Octava planta, puerta H. Quiero que veas algo de sumo interés.

—De acuerdo, Lance. Estaré ahí lo antes que pueda.

Thorne llegó un cuarto de hora más tarde. Vraine le explicó lo ocurrido y concluyó:

—Quiero que lo sepas tú antes incluso que los mismos agentes. Incluso, si es preciso, debemos guardar el secreto... porque es demasiado horrible lo que aquí ha pasado, Félix.

Thorne puso una mano en el hombro de su amigo.

—Anda, ve tranquilo —dijo—. Yo me encargaré de todo, así que no tienes por qué seguir preocupándote de este asunto.

# CAPITULOVII

—Dijo que no me preocupase y ya han pasado veinticuatro horas desde que nos vimos en casa de Trypher —exclamó Vraine, sumamente nervioso, mientras se paseaba arriba y abajo por la sala.

Carol le entregó una taza de café.

—Una investigación médica, y más de un fenómeno desconocido, no es cosa que se haga en un día, Lance —dijo—. Anda, procura tranquilizarte. Thorne es buen amigo tuyo y acabará por esclarecer la verdad.

—Eso espero —suspiró Vraine. Tomó un sorbo de café y miró a la joven—. No comprendo cómo pudo ocurrir una cosa tan horrible, Carol.

—Primero conseguiste hipnotizar a Trypher y el parásito abandonó su cuerpo, ¿no es así, Lance?

—En efecto, y como parecía que me iba a atacar y yo estaba prevenido, le disparé una descarga radiante a mínima tensión.

—¿Por qué a mínima tensión? —quiso saber ella.

—Si te la disparase a ti, perderías el conocimiento durante algunos minutos, lo suficiente para inmovilizarte y reducirte a la impotencia. Se hace con algunos criminales peligrosos.

—Pero la descarga no pareció surtir efectos en el parásito.

—No, sólo un fuerte choque, que no le privó, sin embargo, de movimiento.

—Y regresó al cuerpo de Trypher.

—Sí. Fue un regreso tan rápido, que ya no me atreví a usar más el bastón radiante. Volví a preguntar a Trypher y entonces fue cuando el parásito lo mató, causándole una fuerte sacudida en los músculos del cuello, lo que provocó la rotura de las vértebras cervicales. Luego…

Ahora era Carol la que se paseaba por la sala.

—Inmediatamente después, vino la disgregación orgánica de Trypher —dijo.

—Sí, así ocurrió.

Carol se detuvo y miró a su huésped.

—Está claro, Lance. El parásito prefirió morir antes que permitir se supiera la verdad —dijo.

—¿Tú crees? —preguntó él, asombrado.

—Estoy casi segura de ello, Lance. Puede que sólo sea un presentimiento, pero creo que he dicho la verdad.

—Tal vez tengas razón —murmuró él preocupadamente—. Pero, ¿por qué Félix no me dice nada todavía? —exclamó.

El zumbador del videófono sonó de pronto.

Carol atendió al aparato. Luego se volvió hacia el visitante.

—Para ti, Lance —indicó. Vraine se acercó a la pantalla.

—Ah, hola, sargento Duval —dijo—. ¿Sucede algo?

—Señor, siento informarle, en nombre del doctor Thorne, que el examen que usted le pidió realizara, no ha podido hacerlo, porque se declaró un incendio en el piso que usted ya sabe. Esto es lo que me ha encargado el doctor que le comunicara a usted, señor Vraine.

Lance se quedó sin habla.

—Pero, ¿cómo…? Oiga, Duval, ¿sabe usted dónde está ahora el doctor Thorne?

—Lo siento, señor. Se ha ido de vacaciones.

Vraine pegó un manotazo al interruptor del videófono.

—Carol, Thorne es otro de los parasitados —anunció.

Ella se puso pálida.

—Se están extendiendo…

—No sé cómo, pero así es. Escucha un momento, Carol. Yo voy a salir. Tú estás citada con Martín, ¿no es cierto?

—Sí, Lance.

—No acudas a la cita. Discúlpate como puedas, di que te encuentras indispuesta..., o que la enferma es una anciana tía que vive en Nueva Zelanda y que vas a visitarla. Bueno, lo que se te ocurra, pero no vayas, ¿estamos?

—Haré lo que tú digas, Lance, pero, dime, ¿adónde vas ahora?

Con la mano en el pomo de la puerta, Vraine respondió :

—A visitar al señor y la señora Mardt, Carol.

* * *

Los señores Mardt no estaban en su casa. El robot-conserje le indicó que desconocía su actual paradero.

Vraine ocultó su disgusto tras un par de gruesos tacos, pronunciados a media voz, que no dejaron, sin embargo, de ser captados por los circuitos auditivos del robot, en cuyas artificiales pupilas apareció un brillo reprobatorio. Vraine dio media vuelta y salió a la calle.

Caminó un buen rato a pie. Cuando se cansó, subió a una acera deslizante. Le convenía pasear, de un modo u otro, para aclarar sus ideas.

—Creo que nos lo estamos tomando demasiado a pecho —se dijo.

Y aunque el horrible suceso acaecido en casa de Trypher seguía preocupándole todavía de un modo extraordinario, se dijo que, en todo caso, la invasión de lo» parásitos extraterrestres podía ser combatida con eficacia.

—Siempre que se busque un remedio con serenidad y sin dar palos de ciego —murmuró.

Atacar a los parasitados de frente, ya lo había visto, resultaba imposible. Por tanto, debía buscar un medio infalible y esto, pensó, no era cuestión de un día.

—Ya encontraré el medio —masculló, al mismo tiempo que, divisando una cafetería, pensaba que un trago» no le vendría mal.

Entró en el local y pidió una copa. A su izquierda una hermosa mujer, sucintamente ataviada y de cuerpo generosamente conformado, le pidió fuego para encender un cigarrillo.

Vraine la miró extrañado, no porque fuese una mujerque fumaba, sino porque los fumadores eran ya muy raros en el siglo XXII. Pero la joven era realmente atractiva y sonreía de una forma cautivadora, y ello disculpaba el pequeño vicio.

—Lo siento —se disculpó—. No fumo.

—Bueno, no importa —contestó ella—. Lo dejaré para otro rato. En realidad, tampoco abuso del tabaco. Cuatro o cinco cigarrillos al día, como máximo. Ahora estaba un poco aburrida...

—Una chica tan hermosa no debería decir eso —sonrió Vraine.

—A veces, hasta las que usted estima como chicas hermosas también se aburren —dijo la joven.

—Bien, todo es cuestión de buscar la manera de distraerse. Yo me llamo Lance Vraine.

—Zyna Besthur —se presentó ella.

—Encantado, Zyna.

—Me alegro de haberte conocido, Lance.

Ella tenía el pelo rojizo, pero de un tono muy suave y especialmente agradable a la vista. Bajo los pocos centímetros de tela que cubrían su cuerpo, se adivinaban unas formas de diosa.

—Antes has dicho que hay formas de distraerse, sin necesidad de un cigarrillo —añadió Zyna.

—Bien, es indudable, pero... ¿por qué no me sugieres tú una idea, Zyna?

—Mi casa no está lejos de aquí. En confianza, lo que tengo en mi bar privado es mucho mejor que lo que sirven aquí, Lance.

Vraine sonrió.

—Me gustaría comprobarlo personalmente —dijo.

Zyna se apeó de su taburete.

—Con mucho gusto, Lance —accedió.

* * *

La casa estaba decorada con gusto exquisito, en una mezcla de estilo antiguo y moderno, que proporcionaba un gran placer a la vista. Zyna preparó las bebidas y luego hizo que Vraine se sentara en un diván, a su lado.

El cuerpo de la joven despedía un agradable perfume. La boca de Zyna sonreía invitadoramente. Lance la buscó y ella no le rehuyó.

«Quizá era esto lo que me convenía, para descargar un poco la mente», pensó, mientras la tenía en sus brazos.

Pasados algunos minutos, Zyna, sofocada, pero sonriente, se arregló el cabello.

—Eres muy fogoso —dio—. ¿Te portas así con todas las mujeres?

—Sólo con las que se llaman Zyna —sonrió él.

La joven se puso en pie.

—Te prepararé otra copa... ¿O prefieres café?

—Café, si no te importa, Zyna.

—Muy bien, a tu gusto, Lance.

Zyna se alejó hacia el interior del piso. Lance se paseó por la sala, mientras ella preparaba el café.

Encima de una mesita, divisó un álbum de fotografías, realizadas a estilo antiguo, en cartulina. Vraine lo hojeó distraídamente.

—Los Mardt —murmuró.

Formaban un grupo con Zyna, en una playa. El ceño de Vraine se arrugó.

Zyna llegó poco después.

—Perdona que haya tardado un poco, querido —dijo—. ¿Sabes?, a mí me gusta el café a estilo antiguo, es decir, hervir el agua con el café en su interior... No me agradan las pastillas de café instantáneo, disueltas en agua caliente...

—Las cosas antiguas, por mucho que las detestemos, no dejan de tener su encanto —convino Vraine.

Zyna se inclinó para servir el café. Luego se irguió, con la taza en la mano y se la entregó a su huésped.

Los ojos de ambos se encontraron un momento a muy corta distancia. En las pupilas de Zyna surgió de repente un extraño resplandor.

Era como un fuego blanco que naciera en el interior de los globos oculares. Vraine recordó de pronto las descripciones que Carol le había hecho de la mirada del doctor Martín.

La taza pasó a sus manos, pero, de pronto, resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo.

—Oh, qué torpe soy —se apostrofó a sí mismo—. Te he puesto perdida la alfombra, Zyna...

—No te preocupes —sonrió ella—. Es de tejido fácilmente lavable. Te serviré otra taza, Lance.

—Gracias, Zyna, pero se me hace ya tarde. Había olvidado una cita de negocios..., no te quiero decir lo agradablemente que lo olvidé —contestó él, sonriendo—. ¿Quieres que venga a verte otro día?

—Por supuesto, Lance; ven a verme siempre que gustes —respondió Zyna, a la vez que le brindaba sus labios para el beso de despedida.

Vraine no se atrevió a rehusar la invitación. Ya había hecho bastante, vertiendo el café que sospechaba narcotizado. Pero mientras besaba a la joven se preguntó a quién estaba besando en realidad, si a una mujer en la plenitud de sus facultades físicas y mentales o a un monstruo espacial.

# CAPITULOVIII

El hombre se deslizó subrepticiamente por el jardín, buscando las ventanas posteriores de la casa. Cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo, sonó una voz de tonos imperativos:

—¡Alto ahí! ¡Deténgase inmediatamente o disparo!

Un potente chorro de luz cayó sobre el intruso, que se volvió sobresaltado. Un hombre, armado con una pistola, se le acercó lentamente.

—Levante las manos —ordenó el agente de vigilancia en el jardín.

Carol oyó las voces y corrió hacia la ventana, que abrió de inmediato. En el mismo momento, el intruso, despreciando las intimaciones del policía, echó a correr.

—¡Alto, alto! —gritó el vigilante.

Pero el fugitivo no hacía caso de sus órdenes. La pistola vomitó una larga lanza de fuego que alcanzó el centro de la espalda del sujeto.

Carol chilló, al ver al fugitivo desplomarse instantáneamente. El policía masculló algo entre dientes.

Su compañero se le reunió de inmediato.

—Tuve que disparar contra él, porque no quiso obedecer mis órdenes de detenerse —explicó el primer agente.

Los dos hombres se inclinaron sobre el caído, que aparecía completamente inmóvil. Uno de ellos le dio la vuelta. —Me parece que ha muerto —dijo—. ¿Lo conoces tú?

—No, nunca lo había visto...

Carol llegó corriendo en aquel instante y lanzó un grito al ver el rostro del caído.

—¡Larry! ¡Larry Mardt!

Los policías se volvieron hacia ella.

—¿Lo conocía usted, doctora? —preguntó uno.

Carol hizo un gesto de asentimiento. Las piernas le temblaban visiblemente.

—Era amigo mío...

—Hay amistades perniciosas, doctora —dijo el policía sentenciosamente—. Ese tipo venía a matarla a usted, como ya lo intentó una vez.

Carol se sentía llena de perplejidad.

—Pero, ¿cómo es posible que...? —murmuró.

Y luego recordó que Mardt ya no era él, sino el parásito que vivía en su interior.

—Tendremos que avisar al comisario del distrito —dijo uno de los policías.

—Yo me encargaré de ello. Quédate aquí hasta que llegue el forense. Doctora, haga el favor de retirarse —invitó el otro agente.

Carol acató el mandato. De pronto, se acordó del doctor Thorne.

—Por favor —dijo—, antes de que el forense examineel cadáver, yo quiero hablar con él. Es muy importante —recalcó.

—Así se lo indicaré al comisario, doctora.

* * *

—Haré lo que usted dice, doctora Harys —contestó el forense—. Pero de todo esto no tenía la menor noticia hasta ahora.

—Hemos creído conveniente no divulgarlo, compréndalo —se disculpó la joven—. Tendrá que hacer una autopsia a fondo, doctor Larsen.

—Resultará muy interesante —convino el forense—. Pero, ¿cree usted que el parásito vivirá de haber muerto el organismo del cual vivía?

—Cuando un ser parasitado muere, los parásitos que viven a su

costa lo abandonan, si son externos, o mueren con él, si residen dentro de su cuerpo. Yo creo que este es el caso del teniente Mardt.

—Muy probablemente esté usted en lo cierto, doctora.

Vraine llegó en aquel momento.

—Me han avisado de que intentaron asesinarte, Carol —dijo.

—Es cierto. El asesino frustrado, ahora muerto, era Larry Mardt —contestó la joven.

Vraine se quedó atónito un instante. Luego meneó la cabeza y dijo:

—No me extraña, Carol.

—El doctor Larsen se encargará de la autopsia y análisis de tejidos orgánicos —explicó ella.

—Resultará interesante conocer su informe, doctor —dijo Vraine, volviéndose hacia el forense.

—Yo también me siento muy intrigado —contestó Larsen—. Bien, ya les diré algo en la primera ocasión que tenga.

Vraine y Carol se quedaron solos. Ella se sentía muy afligida.

—Primero habrá que dar con ella —dijo Vraine—. Ninguno de los dos estaba en casa, cuando yo fui a visitarles. Pero, de todas formas, necesito de tus servicios como médico.

—¿Estás enfermo? —preguntó ella, alarmada.

—Oh, no —contestó él, sonriendo—. Pero ayer estuve con un sujeto parasitario y tengo la sospecha de que intentó narcotizarme.

—¡Cielos! —se alarmó Carol—, ¿Pudiste evitarlo?

—Sí. De todas formas, quiero volver a ver a ese tipo… —Vraine evitó mencionar la aventura habida con Zyna—. Dejaré que me narcotice, mejor dicho, que crea que estoy narcotizado. Entonces veré si es que piensa convertirme a mí también en el anfitrión de un parásito del espacio.

Carol palideció.

—Vas a correr un riesgo terrible —dijo.

—No hay otro remedio —aseguró él—. Debo hacerlo, Carol, pero necesito que tú me proporciones una droga que anule los efectos del narcótico.

—Quieres tomarla antes de la copa o la taza de café que te ofrezcan, ¿no es así?

—Has adivinado exactamente mis deseos —respondió Vraine.

—Muy bien, te daré la droga. Y mientras tú te las entiendes con ese tipo, yo iré a ver a la pobre Betty...

El videófono sonó en aquel momento. Carol lo puso en funcionamiento.

—¿Doctora Harys? Soy el comisario Wardoff. Tengo malas noticias que darle. La aeroambulancia que transportaba el cadáver de su atacante ha sufrido una avería y se ha estrellado contra el suelo incendiándose acto seguido. Todos sus ocupantes han perecido —informó el policía.

* * *

Carol llamó a la puerta. El pequeño altavoz de la entrada sonó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Betty; Carol Harys. ¿Puedo pasar?

—Te abriré desde aquí. No me encuentro muy bien...

El mecanismo eléctrico de apertura funcionó y la puerta giró a un lado. Carol dio unos pasos dentro del departamento y vio a Betty sentada lánguidamente en un diván.

El aspecto de Betty asustó a Carol. Betty estaba terriblemente pálida y demacrada. Tenía unas profundas ojeras y sus pómulos, así como la nariz, parecían salientes y afilados.

—¿Qué te sucede, Betty? —preguntó Carol—. ¿Te ha visitado algún médico?

—No..., es una extraña debilidad... No sé a qué se debe... Apenas si

me puedo mover.

Carol reaccionó de inmediato.

—Hay que cuidar de ti, Betty —dijo—. No puedes seguir en ese estado ni un minuto más de lo absolutamente necesario.

—Pero, es que no sé a quién acudir…

—Olvidas que pertenezco al Cuerpo Médico de Exploradores Interestelares y que tenemos una de las mejores clínicas, por no hablar de los especialistas en toda clase de enfermedades, tanto terrestres como extraterrestres —dijo Carol—. Allí te cuidarán y te atenderán como es debido, te lo aseguro.

Y, sin más, se encaminó hacia el videófono, para hacer la llamada conveniente, porque estaba segura de que el depauperado aspecto de Betty no se debía sólo a la muerte de su esposo.

«Quedarse viuda a las pocas semanas de casada no es bueno —se dijo para sí—, pero jamás es causa de perder diez kilos de peso en poco más de veinticuatro horas.»

* * *

Los ojos de Vraine asomaban por encima del enorme ramo de flores de que era portador. Zyna lanzó un gritito de alegría al contemplar el obsequio que le traía su visitante.

—Cariño, pero, ¿por qué te has molestado?

—¿Te mereces tú menos? —dijo él, a la vez que le entregaba las flores.

Zyna se apoderó del ramo.

—Entra, Lance. Déjame que arregle el ramo en un jarrón y luego te serviré yo una copa.

—Si no te importa, prefiero café. Hecho a la antigua, como me gusta a mí.

Ella le dirigió una ardiente sonrisa.

—Tienes buen gusto —dijo.

—Viniendo a verte a ti, la afirmación es exacta.

Zyna rió argentinamente. Dejó las flores en un jarrón y se dirigió hacia la cocina.

Vraine aprovechó para ingerir dos píldoras del tubo que le había dado Carol. Se sentó en un diván y esperó la vuelta de su encantadora anfitriona.

Zyna llegó poco después con la bandeja. Vraine no tiró la taza en esta ocasión.

Momentos después, se pasó una mano por la frente.

—Qué raro —dijo—. Empiezo a tener sueño...

Zyna tiró de él, llevándolo al diván.

—Estarás cansado —murmuró—. Siéntate, aquí estarás bien.

Vraine apoyó la cabeza en el respaldo. Lanzó un par de profundos suspiros y cerró los ojos.

Zyna se sentó frente a él, con las piernas cruzadas y las manos en los brazos del sillón. Vraine la observaba con toda atención a través de sus párpados ligeramente abiertos.

Ella, a su vez, le contemplaba aunque con moderada atención. Vraine procuró fingir que se relajaba y, al mismo tiempo, hizo lenta y reposada su respiración.

Transcurrieron diez o quince minutos. Vraine tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad para dominar sus nervios y no alterar su estado.

La cabeza de Zyna se dobló repentinamente a un lado. Sus ojos se cerraron y su busto se movió con suave ritmo.

Ahora, la joven dormía apaciblemente. Vraine hizo una prueba y abrió los ojos, a la vez que se erguía en el diván.

Zyna no reaccionó en absoluto y continuó durmiendocon toda tranquilidad. Vraine se levantó de un salto y corrió hacia el pasillo, en donde había dejado una gran caja metálica, provista de un asa.

La caja se abría por uno de los costados, de modo que, estando apoyada en el suelo, su fondo quedase al mismo nivel. Cuando Vraine sacó de su interior los dos bastones radiantes que había creído conveniente llevar, la mitad del monstruo estaba ya fuera del cuerpo de Zyna.

Vraine aguardó pacientemente a que el ser extraterrestre se hubiera deslizado hasta el suelo, apartándose de Zyna por completo. Entonces procuró cortarle el paso.

Con los dos bastones, cuya tensión era todavía más baja que la mínima, procuró acorralar al monstruo, que se dio cuenta bien pronto de que era combatido. El seí quiso retroceder en busca del refugio corporal de Zyna, pero Vraine, lanzándole continuas descargas, le obligó a meterse en la caja.

Dejó uno de los bastones en el suelo y continuó actuando con el otro, de modo que con sus rayos impidiese la salida del ser. Así pudo cerrar la tapa, cuyo ensamblaje con el resto, de la estructura era perfecto, absolutamente estanco.

Terminada la operación, Vraine lanzó un profundo suspiro de alivio. Miró a Zyna y vio que continuaba durmiendo.

Su sueño duraría largo rato, dedujo. Le convenía marcharse antes de que ella despertase.

—Las explicaciones en otro momento —dijo.

Con su preciada presa en las manos, abandonó el departamento. Ahora, más que nunca, estaba seguro de haber triunfado.

# CAPITULOIX

—Lo siento, doctora, pero los primeros exámenes no dan síntomas excesivamente perniciosos —manifestó el director de la clínica—. Por ahora, y sin que se sepan las causas, que serán objeto de análisis más detallados, la paciente está solamente afectada de una anemia aguda. Nada agradable, por supuesto, pero tampoco nada que no se pueda curar con un tratamiento adecuado: reposo, alimentación conveniente, dosis vitamínicas, un par de transfusiones, que no rebasarán el litro de sangre... Nada de importancia, repito.

—¿Ha interrogado usted a la señora Mardt?

—Sí, pero no ha sabido darme detalles de las causas de su enfermedad. Simplemente, para ella, se le ha declarado y eso es todo.

—Convendrá tenerla bajo observación continuamente —sugirió Carol.

—Por supuesto, doctora; eso forma parte de mi plan de recuperación de la enferma. Váyase tranquila; aquí nos encargaremos de su amiga.

Carol miró fijamente al director del centro médico. No, los ojos del doctor Hadstone no emitían ningún brillo especial.

—Muchas gracias —dijo—. Supongo que podré despedirme de ella.

—No faltaría más, doctora.

Carol abandonó el despacho y se dirigió a la primera planta, en una de cuyas habitaciones estaba internada Betty Mardt, al cuidado constante de una enfermera. Llegó a la puerta y la abrió.

En el mismo momento en que lo hacía, oyó una voz:

—Lo siento, enfermera, pero las órdenes que traemos son superiores a las que pueda haber dado el doctor Hadstone. Debemos llevarnos a la paciente, eso es todo

Carol divisó a dos agentes de uniforme. Le extrañó la presencia de policías en el cuarto de Betty.

—¿A quién se van a llevar ustedes? —preguntó.

Los policías se volvieron, sorprendidos. Carol dio dos pasos más y

entonces sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Usted! —gritó—. ¡Dave McCallum!

El tripulante de la «Scetrix» lanzó una obscena maldición. Carol emitió una orden:

—¡Enfermera, dé la alarma! ¡Son falsos policías que quieren secuestrar a la paciente!

La enfermera corrió hacia uno de los timbres situados a la cabecera de la cama de Betty, quien parecía ajena a todo lo sucedido. El otro falso policía sacó una pistola radiante y disparó.

Carol se quedó horrorizada. McCallum saltó hacia ella y la agarró por una muñeca.

—Doctora, si grita, seguirá el mismo camino que la enfermera —amenazó.

—Dave, usted no está en su sano juicio —dijo ella—. Está parasitado por…

Carol no pudo seguir hablando. El puño de McCallum golpeó duramente su mandíbula y la joven perdió el conocimiento.

McCallum agarró el inerte cuerpo de Carol y lo puso a un lado. Al incorporarse, vio que su compañero apuntaba a la joven con la pistola radiante.

—No —dijo—, ya hay suficiente con una muerte.

El otro se encogió de hombros.

—Como quieras —respondió—. Vamos, no perdamos más tiempo.

—Tendremos que salir por la ventana. La distancia al suelo es escasa.

—Está bien, Dave.

McCallum cargó con el cuerpo de Betty. Ya tenía una pierna pasada sobre el antepecho, cuando, de pronto, el otro le preguntó:

—Oye, Dave, ¿qué ha querido decir esa chica con eso de parasitado?

—Bah, no hagas caso —respondió McCallum despectivamente—. Fantasías de una doctora chiflada.

* * *

Vraine llegó satisfecho a casa de Carol, pero su sonrisa se borró bien pronto cuando vio que la joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te sucede, Carol? —exclamó, alarmado.

—Han raptado a Betty, Lance —contestó ella con un gemido.

—¡Rayos! Pero, ¿cómo...?

—Entra y te explicaré —dijo Carol—. Ha sido algo horrible; mataron a la enfermera que estaba de guardiay a mí... Bien, no sé otra cosa sino que intenté discutir con McCallum y me dejó sin conocimiento de un puñetazo en la mandíbula.

Vraine depositó sobre una mesa la caja de metal que traía consigo.

—Has dicho McCallum —repitió.

—Sí. Llevaba puesto un uniforme de agente de policía, sin duda para evitar sospechas, pero cuando ya se disponían a sacar a Betty llegué yo...

Carol terminó el relato del suceso. Vraine movió la cabeza, preocupado.

—Por supuesto, no se sabe qué dirección han tomado —dijo.

—Pudieron marcharse con toda tranquilidad —respondió Carol—. Ten en cuenta que yo estuve media hora sin conocimiento y que, en todo ese tiempo, nadie se acercó al cuarto de Betty.

—Muy desagradable —comentó él—. Pero, en medio de todo, y dejando de lado la muerte de la pobre enfermera, menos de lo que podíamos esperar.

—¡Lance! ¿Cómo puedes decir una cosa semejante? A estas horas, quizá Betty está muerta...

—Carol, a juzgar por lo que está sucediendo, estamos empeñados en una guerra sin cuartel. Unos seres monstruosos, procedentes del espacio, tratan de apoderarse de nosotros. En toda guerra, es inevitable, se producen bajas. Larry Mardt es una de ellas, también Tomás Larriba, y quizá ahora Betty…, pero combatir al adversario es fácil cuando se conocen sus armas.

—Pero no sabemos cómo echarlos del cuerpo de los parasitados, Lance —alegó ella.

Vraine dio dos palmaditas en la caja que había traído consigo.

—Ninguna enfermedad se ha conseguido curar, al menos de una manera definitiva, sin conocer sus causas a fondo —dijo—. Bien, aquí tenemos la forma de conocer las armas del adversario.

—¿Qué hay en esa caja, Lance? —preguntó Carol, intrigada.

—Un adversario, preciosa.

Ella le contempló atónita.

—Quieres decir un…, un…

—Sí, justamente eso, Carol. He capturado un parásito.

—La…, las piernas me tiemblan… —declaró la joven, a la vez que se sentaba en una silla—. Lance, creo que me voy a morir de miedo…

—No seas aprensiva —rió Vraine—. El monstruo está aquí dentro y no puede hacer daño a nadie.

—¿Cómo lo has conseguido, Lance?

—Te lo contaré en seguida, pero antes, dime el nombre de un biólogo de confianza. Pedro Martín, no, por supuesto; está parasitado.

Carol reflexionó un momento.

—Hace años tuve una profesora, Harmony Brook —contestó al cabo—. Dejó la Universidad para especializarse en Biología espacial. Si no está parasitada, ella es la persona de confianza que necesitamos, Lance.

—Muy bien, llámala. —Vraine señaló el videófono con una mano —. Mientras lo haces, yo prepararé café, al que, me parece, no le vendrán mal unas gotas de coñac.

—Es una buena idea, pero me pregunto si la doctora Brook querrá venir aquí a horas tan intempestivas—dudó Carol—. ¿No sería mejor que fuésemos nosotros a su casa?

—Si la doctora Brook se interesa por este asunto, la hora no le importará en absoluto y, en cuanto a mí, aquí o en su casa, lo importante es conocer la opinión de un auténtico especialista.

—Tienes razón, Lance —convino ella—. La llamaré ahora mismo.

* * *

La doctora Harmony Brook era una mujer de agradable presencia, de unos cuarenta y cinco años, quien inmediatamente se sintió interesada por la historia que le relataron sus visitantes.

—Conozco al doctor Martín desde hace muchos años y, desde luego, es una autoridad en la materia —dijo—. Si lo que cuentan ustedes es cierto, resulta bastante desagradable saberle en poder de un parásito con inteligencia.

—Para mí, no hay duda en ese aspecto, doctora —declaró Carol con vehemencia.

—Yo tampoco lo dudo en principio —sonrió Harmony—. Pero sí me extraña que Martín se haya dejado parasitar. Por lo que yo sé, no es hombre que haya podido tener muchos contactos con los tripulantes de la «Scetrix», salvo tú, Carol.

—Es verdad —dijo Vraine—. Hasta ahora, no hemos conseguido averiguar cómo es posible que Martín tenga un parásito en el interior de su cuerpo.

—Tendrá que averiguarlo. Lance —dijo la doctoraBrook—. Para eso pertenece usted al departamento de Policía.

—Sí, insistiré —prometió él—. Doctora, ¿cuál es su primera impresión acerca del parásito, aun sin haberlo visto?

—Indudablemente, se trata de una forma de vida inteligente. Los terrestres, pese a haber conocido a infinidad de seres con inteligencia de otros planetas, tenemos el defecto de creernos los únicos

verdaderamente inteligentes de la Galaxia, despreciando a todos los demás, aunque sean infinitamente más listos que nosotros. Es una herencia condicionada por siglos de racismo, que ya desaparecieron entre nosotros, pero no hasta el extremo de pensar lo mismo de otros seres extraterrestres.

Vraine miró a la doctora Brook, cuya tez oscura indicaba antepasados africanos. Mentalmente, se mostró de acuerdo con sus declaraciones.

—Para mí —continuó Harmony—, el problema de estos parásitos es primario: buscan un ambiente adecuado no sólo para su misma existencia, sino para su propagación.

—¡Doctora! —exclamó Carol—. Proceden de Bonport y, créame, jamás he visto clima semejante. Una media de veintidós a veinticuatro grados sobre cero, humedad en las condiciones precisas, agua y vegetación en abundancia... ¡Es un nuevo Paraíso Terrenal, se lo aseguro!

Harmony continuaba sonriendo.

—Para nosotros los terrenos, sí, seguro —convino—, pero, ¿lo es también para estos parásitos?

Carol se quedó cortada. Vraine comprendió las razones de la biólogo.

—Es probable que tenga usted razón, doctora —dijoCarol—, pero, en tal caso, ¿por qué han de ocupar el cuerpo de un ser humano?

—No hay duda de que el organismo de un terrestre, altamente evolucionado en todos los sentidos, resulta ideal para esos seres...

—Sobre eso, estoy de acuerdo con usted, doctora —intervino Vraine—, pero, ¿qué me dice de apoderarse de la voluntad de su parasitado? Imagínese, miles de millones de terrestres, obedeciendo a esos monstruos.

—No sería agradable, en efecto —admitió Harmony—, y si bien, en sentido estricto, no les podríamos negar el derecho a la existencia, sí, en cambio, estamos obligados a luchar contra ellos, para preservar nuestra libertad.

—En eso estamos todos de acuerdo —dijo Carol—. Pero me gustaría conocer su opinión acerca de la terrible pérdida de peso de

mi amiga Betty Mardt.

Harmony se quedó pensativa un instante.

—Para mí, no hay más que una respuesta —manifestó al cabo—. Como todo parásito, se alimenta de las sustancias nutritivas que produce el organismo del parasitado. Ahora bien, siendo, como es, inteligente, tal vez haya comprendido la necesidad de acelerar su proceso de reproducción y, en lugar de una «alimentación» normal, que no influye para nada en el estado orgánico de Betty Mardt, tuvo que «sobrealimentarse», lo que se hizo, como es lógico, a expensas de la parasitada.

—¡Caramba, doctora! —exclamó Vraine—. Cualquiera diría que está describiendo usted a un vampiro de leyenda.

—Lance, mucho me temo que esos seres sean bastante más peligrosos que los inexistentes vampiros de Transilvania —sonrió Harmony—, Pero mi opinión sobre el estado de la señora Mardt me parece acertada.

—Yo también lo creo así —dijo Carol—. Bien, ¿qué les parece si vemos al prisionero?

—Aguarda un momento, muchacha —dijo la doctora Brook—. Primero traeré guantes para todos. Usted, Vraine, tenga a punto sus bastones radiantes, por si son necesarios.

—¿No se escapará de la caja? —preguntó Vraine, aprensivo.

—Lo intentará, pero, por las descripciones que me han hecho ustedes, no es lo suficientemente rápido, de modo que, en el peor de los casos, podríamos retenerlo sin grandes dificultades. No obstante, para examinarlo con mayor atención, emplearé un arma que estimo infalible.

Harmony salió de la estancia y volvió a poco con guantes de goma y un cilindro de regular tamaño en las manos.

—Vapor anestésico por contacto epidérmico —explicó—. También resulta anestésico por inhalación directa, pero ha de lanzarse muy próximo a las fosas nasales.

Después de ponerse los guantes, la doctora Brook miró a Vraine.

—Abra, Lance —indicó.

El joven presionó el resorte de apertura y la tapa cayó a un lado. Harmony se disponía a lanzar contra el ser un chorro de gas anestésico, pero ni siquiera inició la acción.

Un hedor espantoso, insufrible, brotó de la caja, haciendo retroceder a aquellas tres personas, cuyas pituitarias se sentían cruelmente atacadas por olor tan horrible. Carol sintió náuseas y Vraine se tapó la nariz con la mano.

La doctora Brook se mareó. Vraine conservó la suficiente presencia de ánimo para mirar al interior de la caja.

Lo que había allí escapaba a toda descripción. El monstruo se había convertido en una repulsiva masa informe, de color gris oscuro, en la que, a pesar del desconocimiento que Vraine tenía de sus características biológicas, era fácil advertir la carencia total de vida.

CAPITULOX

La voz llegó de las profundidades del espacio y preguntó :

—¿Noticias?

—Todo marcha satisfactoriamente, aunque con tropiezos. Uno de nosotros ha debido sacrificarse por el bien común.

—¿Causas?

—Había sido capturado. No podía permitir que lo analizasen. Entonces, decidió autosuspender definitivamente toda función vital.

—Lastimoso, pero necesario. Y elogiable, por supuesto. Sin embargo, no importa que uno de nosotros haya muerto, porque somos infinitos y, siendo infinitos en número, sólo somos uno.

—Tienes razón; y la pérdida del que ha muerto es comparable a la pérdida de una partícula infinitesimal de nuestro yo total.

—Así es. ¿Qué hay de los que obstaculizan nuestra labor?

—Lamentablemente, siguen vivos. Todos los intentoshechos hasta ahora contra ellos han resultado vanos. Espreciso tener en cuenta que, muchas veces, hemos de luchar contra la mente de nuestro vehículo orgánico.

—Continuad insistiendo y procurad que se acelere el proceso de propagación. Hemos de conseguir que nuestro yo total resida en ese mundo de óptimo ambiente.

—Lo conseguiremos.

—Así será.

* * *

La astronave volaba de regreso a la Tierra, tras haber realizado un viaje comercial. En la cámara de mando, el segundo de a bordo, Wilhelm Budentz, más conocido por Willy entre el personal de la nave, tarareaba una alegre cancioncilla, con el planeta ya en visión

telescópica.

Budentz se sentía la mar de contento, lo mismo que el resto de la tripulación. Siempre era grato volver a la Tierra, sobre todo, habiendo hecho buenos beneficios. Budentz, como muchos de los que viajaban a bordo de la «Schönfrau», pensaba aprovechar la ocasión para casarse.

El tercer oficial entró en la cabina para relevarle.

—Puedes largarte, Willy —dijo.

Budentz se puso en pie.

—Todo en orden, Udo —manifestó—. Ah, si quieres hablar con Inge usa el canal de comunicaciones privadas. Ahora ya puedes hacerlo.

—¿Lo han revisado? En mi última guardia, el sonido llegaba desastrosamente —se quejó Udo Karl.

—Hace unos minutos hablé yo con Sissy y nos entendimos perfectamente —respondió Budentz.

—Ah, tal vez será porque han puestoun cable directoentre la «Schönfrau» y la Tierra —dijo Karl con naturalidad.

—No seas bromista, Udo —refunfuñó Budentz.

—¿Bromista? Hombre, mira el cable; lo estoy viendo desde aquí.

Budentz volvió la cabeza. A poca distancia de la nave, al menos en apariencia, se veía un delgadísimo cable, que brillaba extraordinariamente en la oscuridad del espacio.

—Cable, cable... —refunfuñó Budentz—. El encargado de la limpieza me va a oír en cuanto le eche la vista encima. Lo mejor será que pases un paño por ese vidrio, Udo.

Y se marchó, sin ocuparse ya más del incidente.

* * *

—Tenemos la plena seguridad de conocer a uno de los parasitados

—dijo la doctora Brook—. Me refiero a Zyna Besthur, naturalmente. Ella tiene un parásito en su interior. Ahora bien, ¿cómo extraérselo, sin riesgo para ella?

—Lo veo muy difícil, doctora. Incluso, aunque lo consiguiéramos, ¿estaríamos seguros de que lo que ha salido del cuerpo de Zyna es el parásito mismo? Podría tratarse del resultado de una subdivisión, ¿no cree?

—Indudablemente, pero por lo que ustedes me han contado, hay un síntoma infalible para conocer a los parasitados —dijo Harmony—. Me refiero al brillo de los ojos, claro.

—Sobre eso no hay duda, doctora —intervino Carol—. El problema estriba no sólo en capturar a Zyna, lo que es preciso hacer de modo que no sospeche, sino en el procedimiento de extracción del parásito.

—Y, además, en procurar que siga con vida. Mi opinión es que el ser inteligente se dejó morir, antes que permitir ser examinado por nosotros —manifestó Harmony.

—Todavía nos quedan más problemas pendientes —dijo Vraine—. Betty Mardt ha desaparecido y no sabemos dónde está.

—Yo te daré una idea, Lance —exclamó Carol de pronto.

Vraine se volvió hacia la joven. Carol añadió:

—En casa del doctor Martín.

—¡Cierto! —exclamó Vraine, a la vez que hacía chasquear los dedos—. Es el lugar más lógico y... hombre, hasta si me apuran un poco, yo diría que Martín es el jefe, dicho sea en términos vulgares.

—¿Por qué habría de ser el jefe? —se extrañó Harmony.

—Hasta ahora, doctora, no es más que una suposición. Pero todos estamos de acuerdo en que los parásitos son inteligentes. No recurriré al manido tópico de invasión, pero sí diré que esos seres se encuentran muy a gusto en la Tierra. Ahora bien, puesto que tienen inteligencia, parece lógico suponer que traten de conseguir sus deseos de la mejor manera posible. Una vez conseguido entrar en un organismo humano y, sin duda alguna, en unicación con esa persona, han tratado de averiguar quién podría ayudarles mejor a desarrollar sus planes.

—El doctor Martín —exclamó Carol.

—Justamente. Opino que debe de haber muy pocos astronautas que no sepan que es uno de los más grandes especialistas en biología espacial, con permiso de la doctora Brook. ¿Qué más pueden pedir unos seres que sólo desean propagarse con la mayor rapidez posible, reduciendo el primitivo plazo de subdivisión, de cuatro semanas a una y quizá menos tiempo todavía?

Harmony Brook asintió pensativamente.

—Lance, pienso que usted tiene razón —dijo—. Pero, ¿cómo sondear al doctor Martín?

—Hemos de idear un plan que no falle y que, sobre todo, no le cause daños. Los monstruos son implacables y prefieren morir junto con su víctima. Basta recordar la muerte del pobre Jim Trypher.

—El parásito está dentro del cuerpo humano, pero de algún modo se le podrá expulsar —dijo Carol—. ¿Cómo? Ese es nuestro principal problema y mientras no lo resolvamos, podremos decir que no hemos adelantado nada.

—A mí se me ocurre una idea —murmuró Harmony—. La temperatura del cuerpo humano es de treinta y siete grados centígrados. Elevándola, es decir, provocando una fiebre artificial, sin daño para el paciente, claro, tal vez consiguiéramos expulsar al parásito del organismo parasitado.

—Lo primero que debemos hacer es tener un paciente propicio a someterse a tratamiento. Zyna o Betty, tanto da —exclamó Carol.

—Yo me encargo de traer a Zyna —dijo Lance.

—Y yo iré a visitar al doctor Martín —declaró la joven.

Harmony entregó a Carol un pequeño pulverizador.

—Contiene gas narcótico —dijo—. Si te ves en peligro, úsalo; es de acción prácticamente instantánea.

—Gracias, doctora.

Harmony lanzó una mirada a la caja, que había sido vuelta a cerrar de nuevo.

—Y yo me quedaré aquí, a ver qué puedo conseguir del examen de esos restos —manifestó.

* * *

Galton McGalthy era un hombre de unos cincuenta años, de regular estatura y aire más bien corriente, pero en cuyos ojos, un mediano observador habría podido apreciar una inteligencia llena de agudeza y perspicacia. Tan agudo y perspicaz era McGalthy que, a los treinta años, había conseguido ya una fortuna de muchos millones de escudos.

A los cincuenta años, su fortuna ya no se podía medir por los cánones ordinarios. Ni él mismo habría sabido decir a cuánto ascendía su capital. La mejor forma de definir su riqueza, era el apodo que le habían puesto muchos: «El dueño de medio mundo».

McGalthy tenía un rival, pero en el terreno político. Tiempo atrás, McGalthy había querido intervenir en política, pero había sido fácilmente derrotado por Wayne K. Slassy, quien, en los momentos actuales, ocupaba el cargo de secretario de Estado para Asuntos Sanitarios.

Era un puesto que, políticamente, carecía de importancia a los ojos del público, pero de la labor que en él se desarrollase dependía el progreso o el fracaso del hombre que lo ocupaba. El político que triunfaba en aquella secretaría, estaba destinado a escalar lugares mucho más altos, incluido el de presidente mundial.

Por dicha razón, McGalthy se sorprendió enormemente cuando aquella noche le fue anunciada la visita de

Slassy. Naturalmente, dada su posición, McGalthy tenía un pequeño cuerpo privado de vigilantes escogidos, que cobraban sueldos principescos y cuya principal virtud, aparte de una fidelidad a toda prueba, era la de una discreción absoluta.

Ninguno de los hombres que habían visto a Slassy diría una sola palabra de aquella visita. Slassy lo sabía y, por ello había acudido a la lujosa residencia de McGalthy.

—Veo que se extraña de verme en su casa —dijo Slassy, tras las primeras palabras de saludo, corteses pero frías.

—Resulta chocante, en efecto —admitió McGalthy—. Usted y yo no

nos tenemos ninguna simpatía…

—Y seguiremos así siempre —concordó Slassy—. Atacándonos mutuamente con el máximo de ferocidad; sin coincidir jamás en los mismos lugares y sin que para nuestras comunicaciones, que las tendremos y con mucha frecuencia, empleemos ninguno de los medios conocidos, ni siquiera mensajeros de la máxima confianza.

—¿Adónde quiere ir usted a parar, Slassy?

—Usted, McGalthy, tiene dinero. Yo tengo poder político. Dos cualidades perfectas para convertirnos en los dueños, no sólo de la Tierra, sino de otros muchos planetas.

McGalthy se echó a reír.

—Me llaman «El dueño de medio mundo» —dijo—. No irá a proponerme usted que me apodere de la otra mitad, Slassy.

—Será para ambos, McGalthy —insistió Slassy, imperturbable—. La Tierra para nosotros dos.

—Escuche, Slassy, su puesto político en la actualidad, aunque de importancia, es escasamente relevante…

—Voy a llegar a ser presidente mundial y usted lo sabe. Pero necesito y necesitaré respaldo económico. Y, viceversa, usted lo necesitará político. Piense bien en nuestro futuro. Usted no es más que un negociante con mucho dinero. Yo soy un político ambicioso, pero honesto. Pero de ahí no paso ni usted tampoco. Trate de comprender bien lo que quiero decirle.

McGalthy reflexionó unos momentos.

—Si llego a aceptar, el principal problema, usted lo ha dicho antes, será el de comunicarnos —dijo al cabo—. ¿Cómo lo ha solucionado, Slassy?

El visitante sonrió.

—Siéntese ahí, Mac —le trató confianzudamente—. Dentro de unos minutos, lo sabrá todo.

## CAPITULOXI

El doctor Martín mostró su extrañeza ante la pregunta que le hizo su hermosa visitante.

—¿Betty Mardt? —dijo—. No la conozco, ni sé quién es, ni tengo la menor idea de dónde pueda hallarse, doctora Harys.

Carol procuró mantenerse serena.

—Tenía entendido que usted la había hecho venir a su casa para someterla a tratamiento —manifestó.

—Está equivocada, lamentablemente equivocada, mi querida amiga —sonrió Martín—. Pero, si no recuerdo mal, usted había venido a verme para hablar de otros temas.

Martín mentía desvergonzadamente, pensó Carol, mientras le miraba a los ojos, en los que acababa de aparecer el brillo propio de los parasitados.

—Ya no tiene importancia, doctor —contestó, procurando dar a su voz una entonación natural—. Gracias por haberme recibido y disculpe las molestias que le haya podido ocasionar.

—Ha sido un placer, colega —aseguró Martín.

Carol abandonó la estancia. Llegó al antedespacho yobservó la ausencia, seguramente momentánea, de la secretaria.

Una súbita idea brilló en su mente.

Al fondo había una puerta, que sabía daba al laboratorio privado de Martín, uno de los mejores en su especialidad. Carol corrió hacia allí y abrió la puerta.

El laboratorio estaba vacía en aquellos momentos. Pero Carol divisó una segunda puerta que, a juzgar por las escaleras que se veían en el mismo umbral, daba a un sótano.

Sin vacilar, Carol se encaminó hacia allí y descendió al sótano, que era de grandes dimensiones. Había luz en abundancia y ello le permitió ver un espectáculo increíble.

Tendidos sobre sendos lechos, Carol divisó a Betty Mardt, Dave McCallum y varias personas más, todos dormidos en apariencia y sin

señales de haber sufrido daños, al menos externos. Carol se percató también de la temperatura del sótano, que le pareció casi sofocante.

—Treinta grados o más —se dijo.

Llena de curiosidad, se acercó a la mesa sobre la que yacía Betty. Detrás de la cabeza de la joven, había una especie de armario, con algunas esferas indicadoras y varias lámparas piloto, que oscilaban con diversas intermitencias.

Un tubo de goma partía del armario y concluía en el brazo izquierdo de Betty. Carol pensó que Betty estaba siendo alimentada por vía intravenosa. «Alguna solución especial para curar su depauperación... para alimentar al parásito», se dijo, viendo el saludable aspecto que presentaba ahora su amiga.

Tal vez el líquido alimenticio contenía, incluso, unasolución narcótica, porque llamó a Betty un par de veces y la joven no dio señales de despertarse. Carol pensó en la mejor forma de llevarse a Betty de allí, pero, de repente, oyó una voz a sus espaldas:

—La curiosidad es un vicio muy feo, doctora Harys..., y los vicios tienen siempre su castigo.

Terriblemente asustada, Carol giró sobre sus talones y se encontró cara a cara con el doctor Martín.

La joven recordó el anestésico que le había entregado Harmony. Fue a abrir su bolso, pero Martín se le anticipó con un pulverizador análogo.

«Si es como el que me ha dado la doctora Brook, no cabe la menor duda; sus efectos son casi instantáneos», pensó, un segundo antes de desplomarse a los pies del biólogo.

* * *

—Aquí tiene a su paciente, doctora —dijo Vraine, depositando sobre un diván el inanimado cuerpo de Zyna Besthur.

Harmony contempló a la hermosa joven, en cuya cara se advertían indudables síntomas de depauperación.

—¿Cómo ha conseguido traerla hasta aquí? —preguntó.

—No me fue difícil, doctora —contestó Vraine—. Bastó una inhalación de gas narcótico. No me atreví a emplear la hipnosis, recordando lo que pasó con Trypher.

—Hizo bien. El narcótico adormeció también al parásito, puesto que podríamos considerarlo como un medio mecánico de provocar el sueño. En el caso de Trypher, el parásito se dio cuenta de que iba a ser hipnotizado y quiso evitarlo.

—Pero eso me dice que su mente, por poderosa que sea, lo es menos que la mía, doctora —alegó el joven.

—Sólo en determinados aspectos, Lance; y no sabemos si con lo que podríamos llamar entrenamiento, acabarán siendo más fuertes que nosotros. En realidad, lo son ya.

—Sí, eso es lo que estoy viendo —dijo él, apesadumbrado—. Bien, ¿qué tratamiento piensa emplear con Zyna?

—De momento, provocaré una elevación artificial de su temperatura corporal, hasta los cuarenta grados. Si no lo consigo, tendré que estudiar otro medio.

—Gracias, doctora. A propósito, ¿ha tenido noticias de Carol?

—No, aún no sé nada, Lance.

—Bien, la dejo con su paciente. Yo voy a ver si descanso un poco; la llamaré más tarde.

—Como guste —sonrió Harmony.

Vraine se sentía verdaderamente fatigado y regresó a su casa. Después de un baño caliente, que relajó su mente y su cuerpo, se metió en la cama y durmió nueve horas de un tirón.

Cuando despertó, eran las diez de la noche. Lo primero que hizo fue comer algo. Luego, extrañado del silencio de Carol, llamó a su casa.

El altavoz del videófono permaneció mudo y la pantalla no emitió ninguna imagen. Vraine insistió en sus llamadas, pero todo fue inútil.

El silencio de Carol empezó a preocuparle. Tras unos segundos de indecisión, llamó a la casa del doctor Martín.

—Lo siento —dijo el biólogo—. La doctora Harys no ha venido a verme desde hace muchos días. Lamento no poder darle noticias de ella, señor Vraine.

* * *

Carol despertó mucho rato después de haber sido narcotizada, encontrándose en una pequeña salita, frente a un hombre que le resultaba desconocido por completo.

Un oscuro instinto de defensa le dijo que debía permanecer en la misma posición, fingiendo hallarse aún bajo los efectos del narcótico. El sujeto que tenía frente a sí dormía apaciblemente.

Transcurrieron algunos minutos. A través de los párpados entrecerrados, Carol vio aparecer un puntito brillante en el lado derecho del cuello del hombre.

El punto brillante se convirtió en un ser plateado, que se movía con cierta rapidez en dirección al suelo. Carol comprendió que uno de los parásitos acababa de subdi-vidirse y que el nuevo ser originado buscaba un organismo en el que alojarse.

Un vivo sentimiento de terror invadió su mente. Podía moverse, era cierto, pero, ¿no la alcanzaría el monstruo a la larga, en aquella habitación herméticamente cerrada?

De pronto, se le ocurrió una idea.

—¡Atrás! —ordenó con la mente—. No quiero que entres en mi cuerpo. Atrás, atrás, te digo.

El ser se detuvo en el acto. Parecía irresoluto, observó la joven.

—Vuelve al lugar de donde has salido —continuó dando órdenes mentales—. Atrás… Atrás… Atrás…

El monstruo retrocedió. Fue a reptar por la pierna del otro paciente, pero se detuvo también.

—Destrúyete —dijo Carol—. Destrúyete… No quiero que sigas viviendo… Muere… Muere… Muere…

El cuerpo del ser extraterrestre se agitó violentísimamente. Carol vio que luchaba con todas sus fuerzas contra las órdenes mentales que le llegaban irresistiblemente.

—Muere… Muere… Muere…

De súbito, se oyó un sordo chasquido, una especie de estallido orgánico, que llenó de repugnancia a Carol. El ser se deshizo en un líquido espeso, siruposo, de color verdusco, que empezó a desparramarse por el suelo con gran lentitud, a la vez que despedía un hedor espantoso. —Ahora ya sé cómo luchar contra los monstruos. La puerta se abrió en aquel momento. El doctor Martín apareció en el umbral.

—¿Cómo se encuentra, doctora? —preguntó. Sonreía de un modo extraño. A Carol le pareció la sonrisa del demonio.

—Pero no es él —murmuró. —¿Decía, colega?

Carol actuó con inesperada rapidez, de un modo por completo sorprendente. Saltó hacia adelante y cargó con la cabeza gacha, derribando a Martín de un violentísimo empellón.

El paso quedó libre. Martín juraba de un modo horrible, pero Carol no se quedó a formularle reproches sobre un lenguaje tan poco académico.

Conseguir la libertad era lo que más le interesaba en aquellos momentos,

El videófono sonó de pronto.

Vraine corrió hacia el aparato. El rostro de Harmony Brook apareció en la pantalla.

—Venga, Lance —dijo la biólogo.

—¿Sucede algo, doctora?

—Se lo diré cuando esté aquí. Venga, repito.

—Sí, doctora… Ah, un segundo, por favor. ¿Tiene usted noticias de la doctora Harys?

—Hasta ahora, no, Lance.

—Muy bien, llegaré lo antes que pueda —prometió Vraine.

Una media hora más tarde, llamaba a la puerta de la residencia de la doctora Brook. Harmony, en persona, acudió a abrirle.

—Me alegro de que haya venido, Lance —dijo ella—. Tenga la bondad de pasar.

—Sí, doctora.

Vraine divisó a Zyna sentada en un diván. El aspecto de la joven era todavía peor que antes.

—¿No ha conseguido nada, doctora? —adivinó.

Harmony hizo un gesto con la cabeza.

—Lo siento, Lance —respondió escuetamente.

—Parece aún más desmejorada…

—Sí, lo está, aunque no lo comprendo… Lance, ¿quiere tomar un poco de café? —sugirió Harmony.

—Se lo agradeceré, doctora.

Vraine se acercó a la joven.

—Zyna —llamó.

Ella le miró con una débil sonrisa en sus labios descoloridos.

—¿Cómo estás, Lance?

—Me preocupas, Zyna —confesó él—. No te encuentras muy bien, creo.

—No sé qué me ocurre… Siempre tuve una salud magnífica… Pero la doctora ha dicho que me curará, Lance.

—Puedes estar segura de ello, Zyna. La doctora Brook es muy competente.

Una mano tendió a Vraine la taza de café con su plato.

—Le he puesto un terrón de azúcar —dijo Harmony, a la derecha y un poco detrás del joven.

—Estupendo. No me gusta muy dulce, doctora.

Lance tomó el café. Dejó la taza a un lado y preguntó:

—¿Cree que conseguirá algo, doctora?

—Es cuestión de un poco de paciencia —respondió Harmony—. Afortunadamente, Zyna es una chica muy dócil y dispuesta a colaborar en todo. ¿No es cierto, Zyna?

—Sí, doctora.

Vraine se volvió hacia Harmony.

—Me preocupa la falta de..., de noticias de... —Su voz se hacía rápidamente insegura y espesa—. La falta... de noticias de...

Ya no pudo pronunciar el nombre de Carol. Las piernas se le doblaron y rodó sobre la alfombra.

Demasiado tarde comprendió el lazo que le había sido tendido. Con sus últimas fuerzas, pensó desesperadamente: «No quiero ser parasitado».

Pero ya no podía hacer nada por evitarlo.

* * *

Cientos, miles de voces bullían en su mente.

—Bienvenido a nosotros.

—Ya eres uno de los nuestros.

—Eres uno y millones al mismo tiempo.

—Siendo uno, eres infinito, porque nosotros somos infinitos.

—Somos infinitos...

—Somos infinitos...

—Infinitos... Infinitos... Infinitos...

Vraine abrió los ojos.

Harmony Brook le miraba con expresión sonriente.

—¿Cómo te encuentras, Lance? —le tuteó en la pregunta.

—Bien, un poco mareado...

—Es natural —dijo la doctora—. Siempre sucede así.

—Comprendo. —Vraine miró a su alrededor—. ¿Dónde está Zyna?

—Ah, se la han llevado.

—¿Quién?

—Los ayudantes del doctor Martín. Zyna estaba muy débil y debe recuperarse.

—Me parece lógico, Harmony.

Vraine se puso en pie. Las piernas le flaquearon un poco, pero no tardó en sentirse firme de nuevo.

—Creo que debo irme —dijo.

—Sí. Tienes algo que hacer, Lance.

—Lo sé, Harmony.

—Avísame en cuanto lo hayas conseguido.

—No me olvidaré. Adiós, Harmony.

—Adiós, Lance.

## CAPITULOXII

Vraine abrió la puerta de su casa. Inmediatamente, oyó un chillido de mujer:

—-¡Lance!

—Hola, nena —sonrió el joven—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero... ¿de dónde sales? Te he estado buscando por todas partes. ¿Qué has estado haciendo? Tengo muchas cosas que contarte...

—No te atropelles, nena preciosa —dijo Vraine con acento intrascendente—. Me parece que primero debemos tomar una copa, ¿no te parece?

—Como quieras. Te llamé a casa de Harmony Brook, pero ella me dijo que no habías estado allí.

—Oh, he estado en otros sitios. Toma, tu copa. Cuéntame, ¿qué has hecho tú?

Carol tomó un sorbo. Luego dijo:

—Fui a casa de Martín. Hablé con él y negó tener noticias de Betty. Pero la, tiene allí, en el sótano de su laboratorio. Y a Dave McCallum también; y a otros que no he conseguido conocer... Lance, el doctor Martín quiso parasitarme, pero yo pude rechazar al monstruo.

—Admirable —calificó él—. ¿Cómo lo conseguiste, Carol?

—He descubierto algo interesantísimo —contestó la joven, muy excitada—. Inteligencia aparte, su mente es mucho más débil que la nuestra. Por lo menos, cuando el ser está fuera de la persona parasitada y busca un nuevo organismo en el cual alojarse.

—Magnífico —elogió Vraine—. Un descubrimiento de gran importancia, Carol.

—Así lo estimo yo. El doctor Martín se llevó un enorme chasco cuando lo derribé de un cabezazo. Creyó que yo ya estaba parasitada... Tenías que haber visto la cara que puso cuando me arrojé sobre él. Sería cosa de risa... si no fuese por los pobres infelices que hay allí... Pero, ¿qué has hecho tú mientras tanto? No me cuentas nada...

—Ah, yo... Bueno, sí, he hecho algo... ¿Quieres otra copa, Carol?

—No —rechazó ella con firmeza—. Lance, ¿es que me ocultas alguna cosa?

—¿Yo? —rió él—. ¡Qué tonterías dices, preciosa!

Ella le miró, muy intrigada. La actitud de Vraine le parecía muy extraña. El joven daba la sensación de no conceder importancia a lo que ella le relataba.

—Tú no estás bien —dijo—. Creo que necesitas un buen descanso, Lance.

—Vamos, vamos, Carol, qué cosas se te ocurren. ¿Descanso; yo? No me siento fatigado en absoluto...

Dada su profesión, Carol sentía ahora un interés especial por Vraine. Le parecía que el joven no se encontraba del todo bien, pero quería averiguarlo sin ofender su amor propio.

Por ello lo miraba con tanto interés. De súbito, vio en los ojos de Vraine un brillo especial, que conocía demasiado bien.

La verdad de lo que sucedía llegó con arrollador impacto a su mente.

—¡Lance! —chilló—. ¡Estás parasitado!

* * *

El horror de la situación hizo profunda mella en el ánimo de Carol. Vraine estaba delante de ella y ya había dejado de sonreír.

—No sé qué estás diciendo, querida —murmuró.

Carol procuró recobrarse de la enorme sorpresa recibida. ¿Cómo podría hacer para liberar a Lance del parásito que anidaba en su cuerpo, sin causarle el menor daño?

Para ganar tiempo y no despertar sus sospechas, se pasó una mano por la frente y simuló cierto aturdimiento.

—Estoy cansada —manifestó—. Sí, creo que los dos necesitamos otra copa.

—La serviré ahora mismo, Carol —contestó Vraine.

Ella aguardó a que el joven hubiese llenado los dos vasos.

—Hace mucho calor —dijo—. Un poco de hielo me sentaría bien.

—¡¡No!!

La negativa sonó como un pistoletazo. Carol miró extrañada al joven.

—Hielo, no —insistió él.

—Como quieras, no le pongas hielo, Lance.

Carol empezó a pensar. Harmony había hablado algo sobre elevar la temperatura de Zyna Besthur, a fin de expulsar al parásito del interior de su organismo.

«Pero el parásito, reflexionó, se alberga en el cuerpo humano porque éste le ofrece condiciones óptimas para su existencia. La temperatura debe de ser la adecuada, pero, ¿y si la rebajásemos?»

El problema estaba en cómo conseguirlo, se dijo, mientras jugueteaba con el vaso. No era difícil someter a Lance a un breve proceso de hibernación; lo realmente difícil estribaba en los relativamente largos preparativos que debían efectuarse.

El parásito tendría tiempo sobrado de advertirlo y actuar en consecuencia. No, el enfriamiento debía ser realizado de golpe, sin previa advertencia.

De repente, se le ocurrió una idea. Sí, ¿por qué no probar?

Todo consistía en actuar con astucia, que Lance no sospechase sus propósitos hasta que fuese demasiado tarde.

—Perdona un momento, querido —dijo—. Tengo que ver qué hay en tu frigorífico para comer. Lo creas o no, necesito tomar un bocadillo.

—Prepara dos, hermosa —sonrió Lance—. Yo también tengo un apetito fenomenal.

Carol se dirigió en apariencia hacia la cocina, pero antes pasó por el cuarto de baño. Tapó el desagüe y abrió el grifo del agua fría.

Luego corrió al refrigerador. Se felicitó que fuese de gran tamaño. Además, contaba con generador de cubitos de hielo.

Minutos más tarde, había en la bañera cosa de cuatroo cinco litros de agua en estado de congelación. Se asomó a la puerta de la cocina y gritó:

—Lance, haz el favor de venir. Creo que hay una pequeña avería en el cuarto de baño.

Vraine acudió con paso natural. Ella le acercó a la bañera.

—No sé qué ha pasado...

Antes de que el joven pudiera darse cuenta de lo que iba a pasar, Carol le asestó un terrible empellón, lanzándole dentro del agua, cuya temperatura era ahora de unos diez o doce grados. Vraine lanzó una espantosa maldición y quiso salir, pero Carol, despiadadamente, le golpeó en la cabeza con un taburete.

Vraine cayó hacia atrás, medio aturdido. Ella lo agarró por los pelos, de modo que sólo su cara sobresaliese del agua contenida en la bañera, en la que flotaban innumerables cubos de hielo.

—Dispénsame, querido, pero tenía que hacerlo —dijo, casi llorando.

Transcurrieron un par de minutos. De pronto, Carol vio un punto brillante en el cuello de Vraine.

Contuvo sus deseos de lanzar un alarido de júbilo. El parásito adquirió su volumen normal y, por un momento, pareció intentar escapar de aquel ambiente tan perjudicial, pero el frío lo venció y, tras unos ligeros espasmos, se fue al fondo de la bañera.

Aturdido y sin comprender muy bien lo que ocurría, Vraine abandonó la bañera. Carol corrió a buscar un par de mantas al dormitorio.

—A ver si ahora me va a pescar una pulmonía —dijo, aprensivamente.

* * *

El acondicionador de aire, al máximo en el punto de refrigeración, había hecho bajar la temperatura del piso a unos catorce grados. Con ropas secas y limpias ya, Vraine se llevó a los labios el tazón de leche caliente que le entregaba Carol.

La leche contenía una generosa dosis de coñac. Vraine estornudó un par de veces, pero salvo el inevitable resfriado, su estado era excelente.

—Carol, no sé cómo darte las gracias —dijo, después de vaciar el tazón de su contenido—. Me parece haber vuelto a la vida...

—Puedes estar seguro de ello, aunque esto que digo sea alabarme a mí misma. Pero no eres capaz de imaginarte el horror que sentí cuando me di cuenta de que estabas parasitado.

Vraine frunció el ceño.

—Fue obra de la doctora Brook —dijo—. Ahora bien, ¿cómo se dejó sorprender ella? Porque estaba en su casa y no parece lógico que Zyna llevase ya consigo el narcótico.

—¿Quién sabe? Es de suponer que todos los parasita-dos traten de conseguir más adeptos y deben de estar preparados para hacerlo en cualquier momento. Se comunican entre ellos mientras están dentro de un cuerpo humano, ¿no es así?

—Cierto. Yo opino que su mente recibe el refuerzo de la del ser humano en cuyo interior se encuentran. Entonces, el parásito es ya más fuerte que la persona, y su fuerza aumenta todavía al conseguir un albergue orgánico. Todos son uno multiplicado por cien, por mil, por millones...

—Horrible —se estremeció Carol—. Una misma inteligencia, dividida en millones de fragmentos, todos los cuales, en un momento dado, pueden pensar y actuar de una misma forma.

—Indudablemente, se trata de una forma de vida muy evolucionada mentalmente, aunque en lo corporal apenas hayan progresado. O tal vez lograron adaptar este aspecto a sus necesidades mentales. Esto es lo de menos, sin embargo; lo importante es que ya tenemos el medio de expulsar a los parásitos del organismo humano.

—¿Lo crees así, Lance?

Vraine miró perplejo a la muchacha.

—Claro que sí. Yo soy un ejemplo vivo de lo que digo —contestó.

—Pero hay cientos, miles de afectados, Lance —alegó ella—. De las cuatro semanas que transcurrían en principio para la reproducción, han logrado rebajar ese tiempo a días, horas talvez. El hecho de que lo consigan a costa de las reservas físicas del organismo en el cual se alojan, carece de importancia, si se tiene en cuenta que el doctor Martín, indudablemente, ha encontrado el modo de reparar ese desgaste.

—Cierto —admitió él, muy preocupado—. Y yo creo, salvo que opines lo contrario, que deberíamos empezar por Harmony.

—Lo mismo pienso yo. Además, siento una vivísima curiosidad por conocer la forma en que fue parasitada. ¿No dices que Zyna ya no estaba cuando despertaste?

—No. Harmony me dijo que se la habían llevado los ayudantes del doctor Martín.

—Bien, ahora sólo tenemos que hacer una cosa: meter a Harmony en una bañera con agua fría y muchos cubos de hielo.

—El frío afecta extraordinariamente al parásito, lo he podido comprobar por mí mismo. Pero si tú me pudiste sorprender, podría ocurrir que Harmony estuviese prevenida y no me gustaría fracasar.

—¿Qué piensas hacer, Lance?

—Espera un momento y lo verás —sonrió él.

Antes de salir de casa, contemplaron una vez más el parásito, que seguía yaciendo en la bañera.

—Aquí no puede seguir —dijo Lance—. Tal vez llegue a reaccionar, cuando se eleve naturalmente la temperatura del agua.

—En el frigorífico estará mejor —propuso Carol.

—Yo también pensaba lo mismo —sonrió Vraine—. Pero el parásito pensará que donde mejor estaba era dentro de mi cuerpo.

—Calla, no me lo recuerdes —dijo ella, estremecida de horror.

Minutos más tarde, seguros de la inmovilidad del parásito, se dirigían a la casa de Harmony Brook.

## CAPITULOXIII

La doctora Brook sonrió al ver a sus visitantes. Vraine no perdió el tiempo en saludos estériles.

Llevaba en las manos, convenientemente enguantadas, dos grandes bloques de hielo, con los que se arrojó al cuello de Harmony. Ella chilló y trató de debatirse, pero Vraine la sujetó con fuerza.

—La bañera, rápido, Carol —gritó.

Carol corrió al cuarto de baño. Unos minutos más tarde, Harmony era precipitada al interior del receptáculo, lleno de agua y cubitos de hielo.

El parásito abandonó su vehículo orgánico en pocos momentos. Carol se hizo cargo de Harmony.

—Yo la ayudaré a secarse y a cambiarse de ropa —dijo—. Mientras, prepara alguna bebida caliente, Lance.

Un cuarto de hora después, Harmony miraba con asombro a sus dos huéspedes.

—Creo que han conseguido expulsar el parásito —dijo, todavía con voz un tanto torpe.

Vraine sonrió.

—En seguida se lo enseñaremos, doctora —manifestó—. Pero, díganos, ¿cómo pasó el parásito a su cuerpo?

—Curiosidad científica —suspiró Harmony—. Me pareció que debía experimentar en mí misma las sensaciones que percibe un parasitado y…

—Y dejó que Zyna la «contagiase», por llamarlo de algún modo.

—Sí. Ahora me arrepiento de haberlo hecho, créanme.

—No se arrepienta, doctora. Dejando de lado el susto, ha sido una experiencia interesantísima. Y hemos podido hallar el medio para combatir al parásito.

Harmony miró intrigada a los dos.

—¿Cómo lo han averiguado? —preguntó.

—Bueno, Lance me ofreció una copa y yo pedí hielo, porque hace bastante calor. Entonces, él lanzó un grito terrible para negarse a mi petición. No era una negativa lógica y entré en sospechas. Preparé la bañera sin que se diese cuenta...

—Y casi me cura del parásito con una pulmonía doble —sonrió el joven.

—Yo pensaba que podríamos expulsarlo con un aumento de temperatura. Estaba equivocada —declaró Harmony.

—Bueno, el caso es que conocemos ahora datos muy interesantes, entre ellos, el lugar donde está el que podríamos llamar cuartel general de los parásitos. Es casi seguro que Zyna se halla ahora en el laboratorio del doctor Martín, recuperándose de las pérdidas sufridas en el proceso acelerador de la subdivisión del parásito —dijo Vraine.

—Indudablemente, pero es preciso tener en cuenta que no por haber solucionado dos casos se ha vuelto el problema repentinamente fácil y sencillo —dijo la doctora Brook.

Vraine y Carol la miraron, intrigados. Harmony continuó:

—Yo estaba, equivocada, repito.' La solución no era más temperatura en el vehículo orgánico del parásito, sino todo lo contrario: bajas temperaturas, hipotermia, en una palabra. Pero sólo hemos triunfado en dos casos.

—Los demás se resolverán...

Harmony sonrió tristemente, al interrumpir a Vraine.

—¿Cómo, Lance? Según todas las apariencias, los parásitos han conseguido ya reproducirse cada veinticuatro horas, por lo menos, en lugar de las cuatro semanas que les hicieron falta en un principio. Eso significa que si hoy existen mil personas parasitadas, mañana serán dos mil y cuatro mil pasado. Imagínese lo que ocurrirá de aquí a dos meses.

—Prefiero no imaginármelo, doctora —contestó Vraine, estremecido de terror.

—Pero lo peor de todo, y eso lo sabemos ambos, por experiencia propia, es que cada parásito, siendo uno, es un todo con los demás,

aunque esté separado de ellos. Es sólo una célula de un gigantesco cuerpo, con cierta independencia de acción, la poca que puede proporcionarle el parasitado, pero todas esas células, tal vez tri-llones algún día, son parte constituyente del todo que es su cuerpo. ¿Cómo destruir un organismo que está subdividido en millones de células?

—Resulta anonadante, en efecto —murmuró Carol—. Todos son uno y uno son todos.

—Podemos resolver algunos casos, pero, ¿cuántos más se producirán en el transcurso de las próximas veinticuatro horas?

Las últimas palabras de Harmony encerraban un interrogante cuya respuesta podía ser sugerida solamente; no expresada de una manera concreta.

** *

—Han descubierto el modo de combatirnos eficazmente. No tenemos arma para luchar contra la que ellos han inventado.

—Pero son sólo dos y nosotros infinitamente muchos más. No debe haber dificultades para eliminarlos.

—No es una acción tan sencilla. Los seres inteligentes de este planeta, están sujetos a determinadas normas, que no podemos violar con demasiada claridad. Ello acarrearía investigaciones sobre la acción y otros podrían descubrir la verdad.

—Entiendo —dijo la voz que venía de lo profundo del universo—. No obstante, es preciso seguir intentándolo. Hemos esperado la ocasión durante incontables períodos de nuestro tiempo; ahora que se nos ha presentado, no debemos desaprovecharla.

—El ritmo de crecimiento es ya muy eficaz. Podría serlo más, si cada nuevo adepto actuase con más rapidez, pero es necesario comprender que debemos movernos con el mayor sigilo. No obstante, y aunque ello signifique un ligero retraso, el tiempo no nos importa en absoluto.

—El tiempo no existe para nosotros. Somos infinitos.

La voz que llegaba del espacio sonaba henchida de orgullo. Cientos, o acaso miles de mentes, recogieron su mensaje e, igualmente, se sintieron invadidas por un orgullo sin límites.

* * *

—Pero, ¿no será irregular? —dudó Slassy.

—Amigo Wayne —dijo Galton McGalthy, riendo silenciosamente—, tal vez algún puritano pueda calificarlo de irregular, pero, en todo caso, ¿cómo lo demostraría? No nos vemos personalmente, no nos entrevistamos para nada; nos comunicamos mentalmente, sin que nadie interfiera nuestro diálogo. ¿No le parece ésta una situación ideal?

—Sin duda alguna —convino Slassy—. Usted tenía razón; entre los dos, podemos convertirnos en los amos del planeta. Bien, le anticiparé la noticia, para que obre en consecuencia. El Gobierno piensa hacerse cargo de la Corporación Gómez-Grant de Suministros Espaciales. Hay muchos miembros del gabinete que piensan que ésa es una función que compete al Estado mundial.

—Buena noticia, Wayne —dijo McGalthy, satisfecho—. Ahora mismo daré orden de que compren todas las acciones que anden sueltas por ahí. En el momento actual, se cotizan a casi un tercio por debajo de su valor.

—Subirán, por lo menos, a un ciento once o doce por ciento, en el momento en que el Gobierno anuncie su decisión.

—Será un buen negocio, Wayne. Y, no se preocupe; yo me encargaré, de su campaña presidencial.

—Cuando sea presidente, le nombraré...

—No, no me nombre nada —atajó McGalthy, rápido—. No quiero cargos oficiales. Prefiero seguir como hasta ahora y ni siquiera me relacionaré con usted, excepto por este procedimiento.

—Muy bien, como guste, Galton. Hasta otro rato.

—Adiós, Wayne.

La conversación telepática se interrumpió. McGalthy se sentía muy satisfecho. Sí, Slassy había tenido una buena idea al venir a visitarle a su casa.

Se preguntó cómo habría conseguido Slassy sus poderes telepáticos, que le había transmitido sin aparente dificultad. Pero ello no era un problema acuciante y pronto lo dejó de lado.

Lo importante era la combinación McGalthy-Slassy. Dinero y política.

Un binomio de fuerza irresistible para la conquista del mundo.

—De muchos mundos, tal vez —concluyó McGalthy sus esperanzadas reflexiones.

* * *

El hombre era un tipo anticuado, pensó Lance Vraine, al verlo en un mostrador, con un periódico en las manos.

—¡Qué canallas, qué sinvergüenzas! —le oyó decir.

A Vraine le extrañaron aquellos apostrofes. Pero, de pronto reconoció al hombre y se acercó a él.

—Estás de mal humor, Willy Budentz —dijo.

El astronauta se volvió.

—Ah, hola, Lance —exclamó—. Dispensa, no te había visto antes... ¿Qué es de tu vida?

—Ya ves, lo de siempre. ¿Y tú?

—He regresado hace unos días de un viaje espacial, en la «Schónfrau». Tengo unos cuantos meses de descanso, antes de volver al espacio. Me casaré dentro de un par de semanas.

—Con Sissy Brucker, supongo.

—La misma, Lance. Tienes buena memoria, pajarraco —exclamó Budentz de buen humor.

—Te felicito, Willy —dijo Vraine—. Pero, ¿qué era lo que te había puesto de mal humor?

—Cosas de la política —respondió el astronauta—. Diríase que hay algunos tipos empeñados en un monopolio del Gobierno mundial y... Bueno, ya sabes que yo soy un poco exagerado para estas cosas, así que no me tomes demasiado en serio. ¿Cuándo te casas tú, Lance?

—Oh, por ahora, me siento muy a gusto así —respondió Vraine con acento intrascendente. Naturalmente, no le iba a contar sus problemas con los parásitos—. Algún día me casaré, por supuesto; ya te avisaré entonces.

—Iré a tu boda, Lance, te lo prometo. Pero...

El *robot-barman* se inclinó de pronto hacia Budentz.

—Perdón, señor —dijo—. Tiene una llamada videofónica. Cabina número dos.

—Gracias. Me dispensas, ¿verdad, Lance?

Budentz se alejó unos momentos del mostrador. Vraine cogió el periódico y leyó la noticia referente «a la política, que tanto había indignado a su amigo.

La lectura del artículo le preocupó.

—Demonios, como estos dos sujetos, estén parasitados...

Y, casi de repente, lo comprendió todo.

Un poder invisible, actuando en la sombra, dominaría a la Tierra.

—Seremos esclavos de ese ser infernal, que proviene de las profundidades del espacio —se dijo.

Budentz regresó a los pocos momentos.

—No era nada de particular —dijo—. Vi el otro díaalgo extraño en el espacio y al desembarcar, hice una consulta. La respuesta es negativa: no hay nave científica, unida a la Tierra por un cable.

—¿Podría eso ser posible, Willy? —preguntó Vraine.

—Sí, ya se ha hecho en alguna ocasión. Una nave que orbite a la misma velocidad que lade rotación de la Tierra, de modo que

permanezca siempre sobre el mismo punto. Entonces, puede estar unida al planeta por un cable: comunicaciones, suministro constante de energía… Pero, en la actualidad, es un sistema desechado, desde que se descubrió la energía radiante.

—Y tú viste el cable.

—A la perfección, Lance. Brillaba mucho; a mí me dio la sensación de que era el hilo elaborado por una araña gigantesca. Tú ya sabes lo que hacen algunas arañas para trasladarse de un sitio a otro: segregan un poco de seda, el viento arrastra el hilo y luego ellas se trasladan al nuevo lugar a caballo o suspendidas del hilo. Pero esto que te digo no es sino una simple metáfora para que comprendas lo que yo pensé en aquellos momentos.

—Claro, Willy, te he entendido muy bien —sonrió Vraine.

Pero la sonrisa era sólo exterior.

Interiormente, se sentía aterrado.

* * *

—Los análisis no han dado el menor resultado —dijo Harmony Brook—. El ser es una masa de sustancia orgánica, sin la menor diferencia entre el exterior y el interior. No reacciona a ningún estímulo externo y durante su permanencia en hipotermia, resulta absolutamente insensible a todo.

—Por lo que seguiremos manteniendo a los dos prisioneros en estado de hipotermia —añadió Carol—. Conviene que lo hagamos así, mientras no demos con otros métodos mejores de análisis.

Vraine hizo un gesto de asentimiento.

—Me parece muy bien —dijo—. Lo que más me asombra es que se funda completamente con el organismo de la persona parasitada.

—En mi opinión, si bien la palabra fusión no es acertada, sí resulta admisible para describir la situación de un parasitado —contestó Harmony—. Pero yo diría que se sitúa muy epidérmicamente, sin penetrar en zonas profundas del organismo humano.

—Después de haber conseguido expulsarlo con hielo, eso parece lógico —manifestó Vraine—. Pero, ¿cómo influye en la mente del parasitado?

—Todos los nervios de un cuerpo humano tienen relación con el cerebro, Lance.

—Comprendo. No hace falta que el parásito se sitúe en el interior del cráneo, para influir sobre su presa.

—Justamente.

—A mí, lo que me extraña —dijo Carol—, es que no hayan querido atacarnos de nuevo.

—Yo no me fiaría demasiado —respondió Vraine—. Saben que nosotros conocemos muchos de sus secretos y estarán buscando el mejor medio de eliminarnos. Quizá no dándonos muerte, que podría resultar escandaloso y perjudicial para ellos, pero sí procurando alojar un parásito en nuestros organismos.

Carol se estremeció.

—No me gustaría obedecer a un ser extraterrestre —dijo.

—A menos que fuese por convicción propia y siempre que se mantuviese fuera de nuestro cuerpo. Pero esto no son más que utopías; lo concreto, lo inmediato, es luchar contra esa amenaza, que puede convertirnos en fieles sirvientes de un ser de una potencia increíble.

—A mí no se me ocurre más que un medio —suspiró Carol—. Volar la casa del doctor Martín, con todo lo que hay en su interior.

—No conseguiríamos nada —dijo Vraine—. Hay ya miles de parasitados, de modo que sería menos que cortarte una uña del menique. Tu cuerpo sigue viviendo normalmente después de una sesión de manicura, Carol.

—Vaya una comparación —se escandalizó Harmony

Vraine se echó a reír.

—Me pareció adecuada —dijo—. Y ahora, tendrán que dispensarme las dos, pero he de salir de nuevo. Por favor, no se muevan de casa.

—¿Adónde vas, Lance? —preguntó Carol, intrigada.

—A confirmar el horario de una información que recibí ayer. Si todo resulta como yo espero… puede que entonces haya dado con el medio de terminar de una sola vez con la amenaza de los parásitos.

—¿De un solo golpe?

—Como hizo Alejandro Magno con el nudo gordiano.

## CAPITULOXIV

—¿Estás seguro de que ésa es la hora, Willy?

—Claro que sí —respondió Budentz a la pregunta de su amigo—. No hay error posible.

—¿Por qué, Willy?

—Era la hora de mi relevo. Estos se hacen siempre con mucha puntualidad. Udo Karl, el tercer oficial, llegó veinte segundos antes de la hora señalada. Lo recuerdo muy bien, porque consulté el cronómetro al verle entrar en el puente de mando. Y precisamente Udo fue el que me hizo notar el cable; yo no me había fijado en el detalle hasta el momento.

—Comprendo, Willy.

—Entonces no hice caso, pero luego se me ocurrió preguntar. Era un incidente no señalado en el diario de a bordo y quizá más adelante podría verme obligado a informar.

—Lógico, Willy.

Vraine reflexionó unos instantes.

—La hora coincide absolutamente —murmuró—. Puede que no sea cierto, pero... por otra parte, ¿por qué no probar?

—¿Qué estás hablando tú solo, Lance? —se extrañó Budentz.

El joven sonrió.

—¿Puedo pedirte un favor, Willy?

—Claro que sí —accedió el astronauta—. Lo que quieras, Lance.

Vraine explicó a su amigo sus deseos. Budentz le miró extrañado.

—No entiendo en absoluto...

—No te esfuerces en entender —dijo Vraine—. Ya lo comprenderás todo en su momento. ¿Necesitarás dinero? Te daré una autorización y el número de mi cuenta, para que cargues en ella todos los gastos que sean precisos.

—Muy bien, siendo así, haré lo que me has dicho. Tardaré un día, más o menos.

—Avísame en cuanto lo tengas todo listo. Te daré tres números videofónicos: en uno u otro de ellos, tendrás siempre respuesta a tus llamadas.

—De acuerdo, Lance. Así que tú vendrás conmigo...

Vraine se estremeció.

—Mi primer viaje al espacio y no por motivos agradables —dijo lúgubremente.

Después de separarse de su amigo, Vraine regresó a casa de la doctora Brook, en donde esperaba hallar también a Carol.

Las dos mujeres, efectivamente, estaban allí, pero no solas.

* * *

Había dos visitantes, conocidos de Vraine: el doctor Martín y Betty Mardt. Estaban dormidos, sentados frente a frente a Carol y Harmony, igualmente dormidas en el diván frontero.

Vraine comprendió que Martín y Betty iban a colaborar en la parasitación de las dos doctoras. La forma en que habían sido sorprendidas importaba poco por el momento; lo interesante era evitar que volvieran a caer de nuevo en las garras del monstruo de un billón de cabezas.

Vraine corrió al refrigerador y sacó todo el hielo que pudo. Cuando llegó a la sala, los dos parásitos recién nacidos abandonaban los cuerpos de Martín y de Betty, disponiéndose a alojarse en los de las dos mujeres.

Vraine esperó a que hubieran llegado hasta el suelo. Entonces colocó hileras de cubitos en círculos, paralizando sus movimientos casi instantáneamente. Los parásitos se quedaron quietos, encerrados en sendos cercos de hielo.

Por si fuera poco, manejó el mando del acondicionador de aire, procurando enviar a la estancia la mayor cantidad de frío. Cuando

terminó, agarró los dos parásitos y los llevó al congelador.

Sacó más hielo por si lo necesitaba. Se felicitó de su precaución, porque, cuando regresaba a la sala, vio a un hombre que entraba en la casa.

Era Dave McCallum. Vraine saltó sobre él y le aplicó hielo al cuello.

McCallum se resistió tenazmente, pero Vraine le asestó un tremendo puñetazo que lo derribó sin sentido. Capturar al tercer parásito fue luego tarea harto sencilla.

Al terminar, se sintió considerablemente más aliviado. Fijó la vista en el doctor Martín y en Betty Mardt.

Seguían durmiendo. Quizá el parásito que tenían en su interior no se había enterado todavía de la suerte corrida por sus congéneres.

Consultó el termómetro interior. La temperatura había descendido quince grados, insuficiente para expulsar al parásito del interior de un organismo humano, pero sí bastante para reducir sus actividades considerablemente.

McCallum despertó en aquel momento y sacudió la cabeza.

—¿Por qué me ha atacado usted? —preguntó.

Vraine sonrió.

—Le diré que lo he hecho en legítima defensa, Dave —respondió—. Tal vez ahora no lo entienda, pero llegará el día en que me felicitará usted por el puñetazo que le he dado.

Carol abrió los ojos en aquel momento.

—¡Lance! —exclamó.

—¿Cómo te encuentras, hermosa? —preguntó él.

—Un poco aturdida, pero no me siento mal del todo—. De pronto, Carol reparó en el biólogo y en Betty y lanzó un chillido—: ¡He sido parasitada!

—Por fortuna, he llegado a tiempo para evitarlo —sonrió Vraine—. Si te encuentras en condiciones, ve a la cocina y prepara café en abundancia.

—Sí, creo que nos sentará bien a todos. De modo que has evitado que…

—He tenido la suerte de llegar a tiempo —dijo el joven—. Cuidado con el frigorífico; hay tres presas en el congelador.

—Oigan, les aseguro que no entiendo nada —exclamó McCallum, desconcertado—. ¿Qué hago yo en esta casa?

—Calma, amigo —recomendó Vraine—. Todo llegará a su tiempo. Ah, Harmony, veo que ya despierta…

La biólogo miró al joven con extrañeza.

—No sé cómo he podido dormirme —murmuró.

—Yo, sí —respondió Vraine—. Vaya a su laboratorio y tráigame gas narcótico en abundancia; lo vamos a necesitar.

Harmony se puso en pie. Fijó la vista en los dos durmientes y empezó a comprender.

—Debieron sorprendernos, lanzando gas narcótico por el sistema de aireación —dijo—. No recuerdo haberles abierto la puerta.

—Es muy posible que hayan empleado ese procedimiento —convino Vraine—. Pero conviene mantenerlos dormidos, porque ellos sí tienen todavía un parásito en su interior.

—Pero siguen dormidos…

—Debido, sin duda, al desgaste que origina el proceso de subdivisión del parásito. Vamos, doctora, no pierda el tiempo.

—Sí, Lance.

Harmony se alejó. McCallum seguía desconcertado.

—Esa beldad, ¿es doctora? —preguntó.

Vraine se echó a reír.

—Ya no es una adolescente, pero, vamos, todavía tiene mucho que admirar —contestó.

McCallum se ajustó el cinturón con aire fanfarrón.

—Yo voy a ser, a partir de ahora, su primer admirador —aseguró. Y echó a andar en pos de los pasos de Harmony.

* * *

La nave volaba raudamente por el espacio, hábilmente pilotada por Willy Budentz. Llevaba varios pasajeros a bordo,dos de los cuales, Pedro Martín y Betty, continuaban dormidos.

Por consejo de Vraine, se habían puesto todos prendas de abrigo. En el interior de la nave, la' temperatura no subía nunca de cinco grados. El termostato del acondicionador había sido debidamente graduado y en cuanto el simple calor humano elevaba la temperatura, el aparato entraba en funcionamiento de nuevo, rebajándola al límite marcado.

Junto con Carol y Harmony, McCallum era otro de los tripulantes, enterado ya de lo sucedido. McCallum se sentía terriblemente apesadumbrado al conocer la suerte corrida por Mardt y Trypher.

Carol y Vraine permanecían juntos al lado de una de las grandes lucernas, que permitían una fantástica visión del espacio. La Tierra orbitaba allá abajo, a unos cuarenta mil kilómetros de distancia, constituyendo un fascinante espectáculo que ninguno de los presentes se cansaba de contemplar.

—Me siento llena de dudas —confesó la joven—. ¿De veras crees tú que ese hilo que vio Willy es el nexo de unión entre el monstruo que habita en Bonport y sus hijos?

—La palabra hijos define un estado de cosas, pero no es exacta. Todos provienen de él, pero en realidad, todos son absolutamente iguales. El que está en Bonport no es sino una fracción del total, acaso una especie de jefe, pero sin mayores privilegios.

—*Primus inter pares* —recitó ella.

—Algo por el estilo. El primero entre los iguales, aunque no por ello con mayor capacidad de decisión que los demás. Recuerda: todos somos uno y uno somos todos.

—Pero entonces, todos tendrían que estar aquí.

—Yo pienso que quizá llegue un momento en que se agote la capacidad de reproducción de los parásitos y que lo que queda en Bonport constituya una especie de reserva, que se trasladará aquí, cuando las posibilidades de triunfo sean totales y el fracaso haya quedado excluido. Por otra parte, los que vinieron a la Tierra, debieron de ser, en mi opinión, una especie de exploradores del grueso de la fuerza.

«¿Cuántos hay ahora? —siguió Vraine—. ¿Cincuenta, cien mil, un millón? Los habitantes del planeta somos infinitamente más en número y ellos ambicionan parasi-tar a todos, lo que, pese a su velocidad de reproducción, no se puede conseguir en pocos días. Pero si conseguimos destruir ese nexo de unión...

—¿Dará resultado? —receló Carol.

—Es un riesgo que debemos correr —contestó Vraine—. De lo contrario, tendríamos que recurrir a otros procedimientos, la hipotermia, por supuesto, pero, ¿cómo localizar a miles y miles de parasitados?

—Tienes razón; es mejor acabar de una vez, por el procedimiento de Alejandro Magno.

—Exactamente —corroboró Vraine—. Y tanto el doctor Martín como Betty están en la nave para servir de prueba definitiva del éxito de la operación.

—Ojalá no tengamos que sustituir esa palabra por la de fracaso —suspiró ella.

Todo había empezado mucho tiempo atrás, pensó Carol, cuando un inocente Tomás Larriba había encontrado un agradable paraje para echarse una siesta sobre la hierba, después de una copiosa comida. La ocasión había sido aprovechada por el parásito..., pero, sin duda, Larriba era de los pocos cuyo organismo rechazaba la

presencia del parásito. Al no conseguir expulsarlo por sus propios medios, se había producido la muerte.

Budentz llamó de pronto:

—¡Lance, ya hemos llegado al punto preciso! —informó.

* * *

Harmony Brook se dispuso a actuar.

Secundada por McCallum, que no se despegaba de ella en ningún momento, aplicó sendas inyecciones a Martín y a Betty.

—Ahora sólo falta esperar —dijo.

—¿Los despierta por completo, Harmony? —preguntó Vraine.

—No del todo. Su cuerpo permanecerá inmóvil, pero la mente podrá funcionar, si bien en una especie de estado crepuscular de no demasiada actividad. Continuarán quietos, aunque parcialmente despiertos.

—Lo justo para recibir la llamada del monstruo.

—Eso creo —dijo Harmony.

Transcurrieron unos minutos. El doctor Martín y Betty abrieron los ojos.

Sin embargo, no daban señales de reconocer a los presentes, quienes les contemplaban con extremada atención. El único que no se preocupaba de ellos, era Budentz, atento a los mandos de la nave.

De pronto, Budentz lanzó una exclamación:

—¡Ahí está!

Vraine saltó hacia adelante. A través de la lucerna, divisó el finísimo hilo que había aparecido súbitamente en el espacio y que, procedente de lo más hondo del espacio, se dirigía directamente a la Tierra, desapareciendo en las capas superiores de la atmósfera.

—¡Dispara, Willy, dispara!

El índice de Budentz se apoyó en un botón rojo, presionándolo con fuerza. Un largo tubo brillante partió de las entrañas de la nave, dirigiéndose rectamente hacia el hilo que centelleaba en el espacio.

Transcurrieron algunos segundos. De pronto, la espoleta de tiempo entró en funcionamiento y se produjo la explosión.

Una colosal llamarada surgió en el espacio. El fogonazo tenía forma alargada y ocupaba una longitud de varios centenares de kilómetros.

El hilo brillante se apagó en el acto. Todos los que estaban en la nave creyeron oír un silencioso bramido de rabia impotente, la bramadora expresión de una cólera que no tenía fuerzas para evitar lo que ya resultaba inevitable.

Harmony lanzó un agudo grito:

—¡Miren! Los organismos humanos están expulsando a los parásitos… ya muertos.

Martín y Betty continuaban inmóviles. De los cuellos de ambos brotaban unos hilos de líquido verdoso, de cierta densidad y un olor repugnante, que se deslizaban lentamente hasta el suelo.

Carol se apoyó en el pecho de Vraine y rompió a llorar.

—Creo que hemos ganado la batalla —gimoteó.

* * *

—¡Aquí está la comida! —exclamó McCallum con acento satisfecho, portador de una enorme bandeja, en la que se veía un pavo de dimensiones más que respetables y que exhalaba un olor exquisito.

Sonaron aplausos. Vraine se puso en pie, con los útiles de trinchar, pero se arrepintió y se los pasó a Carol.

—Eso te corresponde a ti. La cirugía no es mi fuerte —dijo.

Ella se echó a reír y empezó a trinchar.

—Los trozos mejores para el doctor Martín y Betty —anunció—. Están muy débiles y un buen trozo de pavo asado es mejor que cualquier medicina.

—Eso huele muy bien —observó Martín.

—Como que lo ha hecho Harmony —dijo McCallum, radiante de satisfacción—. Además de ser una biólogo de fama, resulta todavía mejor cocinera.

El brazo de McCallum ciñó posesivamente el talle de Harmony, que se ruborizó. Vraine miró a la pareja y sonrió discretamente.

—Ah —dijo de pronto—, tengo una noticia. Se ha iniciado un proceso contra Slassy y McGalthy.

—Se lo merecen —manifestó Budentz, que era otro de los comensales, junto con su prometida—. Menuda pareja de sinvergüenzas. Si llegan a dominar el mundo…

—No eran ellos, sino los parásitos que anidaban en sus cuerpos.

—Todo lo que quieras, Lance, pero aliarse para dominar la política mundial era algo en lo que pensabanambos desde hace mucho tiempo. Naturalmente, no se atrevían a hacerlo, porque, de un modo u otro, se les hubiera destapado el pastel. Pero imagínate lo que podrían haber conseguido, comunicándose telepáticamente. No hay más que ver lo que ya trataban de hacer con el asunto de la Corporación de Suministros Espaciales.

—Sí, creo que tienes razón —convino Vraine pensativamente—. ¿Se organizará alguna expedición a Bonport para destruir al monstruo?

—Si se piensa colonizar aquel planeta, algo habrá que hacer —dijo Carol—. Pero no podemos olvidar que es un ser inteligente y que está en Bonport antes que nosotros. O se establece un acuerdo con él o se renuncia a colonizar el planeta.

—Bueno, eso queda para los políticos. A mí me parece, Carol, sin necesidad de convertirme en un esposo autoritario, que ya no vas a volar mucho por el espacio.

—En mi laboratorio tendrá siempre un puesto —dijo Martín.

—No es mala idea —aprobó la joven—. De momento, espere a que me haya casado y disfrute de la luna de miel. Usted, cuando estaba poseído por el parásito, ideó nuevos reconstituyentes para que los afectados por un proceso de reproducción pudieran recobrar las fuerzas. Me gustaría trabajar en un desarrollo de ese asunto, doctor.

Vraine fijó los ojos en Betty. La muchacha era quien más había perdido de todos. Pero Betty era joven y el tiempo borraría las huellas de su sufrimiento, se dijo.

Thorne había aparecido también. El parásito le había ordenado

desaparecer, para no practicar los análisis delos restos de Trypher. Era una explicación perfectamente lógica.

Alguien destapó una botella de champaña. Vraine volviólos ojos hacia Carol.

Ella le miró sonriendo. La luz que había en aquellas pupilas brotaba del fondo de su alma; no era el resplandor causado por una de las células de aquel monstruo de un billón de cabezas.

F I N